

SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

¡SENTENCIADOS!

Vio al tipo de las cejas rubias delante suyo con la pistola levantada. Saltó a un lado para burlarlo, pero no lo hizo demasiado aprisa y la culata chocó contra su barbilla. Empezó a desplomarse; pero antes de que tocase el suelo, el rubio lo volvió a alcanzar en la nuca.

Perdió la noción de todo.

Un siglo más tarde empezó a volver en sí sintiendo que algo húmedo le corría por el cuello. No dudó que era sangre.

Quedó sentado en el suelo y sacudió la cabeza de un lado a otro tratando de recuperarse.

De repente sus ojos quedaron fijos en el cuerpo que yacía en el suelo, a dos yardas de donde él se encontraba. Estaba de bruces, encogido contra un sillón.



Keith Luger

¡Sentenciados!

Bolsilibros: Servicio Secreto - 535

ePub r1.0
jala y xico_weno 03.02.18

Título original: *¡Sentenciados!*
Keith Luger, 1960
Ilustraciones: Rafael Cortiella

Editor digital: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Keith Luger

¡Sentenciados!

1ª. EDICIÓN
NOVBRE. -1960

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

¡SENTENCIADOS!



CAPÍTULO PRIMERO

El teniente de detectives Lou Merrill pulsó el botón.

Seguidamente oyó pasos en el interior del apartamento y la puerta se abrió unas pulgadas. Por el resquicio vio la cara de Andro Norse.

—Hola, Andro.

—¿Viene solo, teniente?

—Sí, tal como quedamos.

Andro Norse se mojó los labios con la lengua.

—Está bien. Pase, Merrill.

El teniente empujó la puerta con la mano y Andro Norse retrocedió hacia el vestíbulo para dejarle el paso libre.

Merrill observó la cara de Norse. Las pupilas estaban encendidas y eso era una señal indudable de que Andro se había pinchado con la hipodérmica. No le extrañó lo más mínimo. Sabía, desde mucho tiempo atrás, que el *gángster* era un adicto a las drogas.

Andro le hizo una señal con la cabeza y fueron al *living* donde había dos sillones y un sofá forrados con una cretona descolorida. En una mesa ratona había una botella de *whisky* medio llena, un vaso que contenía dos dedos de licor y un cenicero sobrecargado de puntas de cigarrillos. En conjunto, la habitación no destacaba por su limpieza.

—¿Bebe un trago, teniente? —preguntó Andro.

—No, gracias —contestó Merrill mientras abría una puerta que había a la derecha.

Vio un dormitorio, una cama deshecha y una mesilla de noche donde descansaba otro cenicero con más colillas.

Andro rió a sus espaldas.

—Estoy solo, teniente.

Merrill se volvió. Estaba por los veintisiete años de edad y era alto, moreno, de fuerte constitución. Su cara no resultaba muy agradable para la gente del hampa. Poseía unos rasgos que le imprimían una gran dureza, rasgos angulosos y a ellos se debía añadir la brillantez de su mirada que más de una vez había hecho temblar a la persona con la que dialogaba.

Ahora aquellos ojos negros observaron fijamente la cara del tipo que le sonreía y al instante éste quedó serio.

—Si es su gusto, puede registrar todo el departamento, teniente.

Merrill acercóse a un sillón y dejóse caer en él. Ni por un instante dejó de mirar a su interlocutor, el cual, repentinamente embarazado, bebió un largo trago de *whisky*.

—Muy bien —dijo Merrill—. ¿Qué es lo que quieres, Andro?

—Sabía que vendría, teniente. Estaba seguro de que cuando yo le hiciese la llamada usted no vacilaría en convenir una cita conmigo.

—Bueno, ya la conseguiste.

Andro acarició el vaso. El teniente no dudó que aquel tipo se había inyectado la ración de morfina y bebía ahora el *whisky* para darse ánimos. Tenía su opinión formada acerca de Andro Norse. Era un condenado matón, y como la mayoría de ellos, resultaba un cobarde en el fondo. Andro le debía a Merrill algo, una condena de seis meses por conducir en estado de embriaguez y algunas detenciones menores de las que Andro salió bien librado gracias a los servicios de un abogado poco escrupuloso.

—Yo sé cuál es su máxima aspiración, teniente.

—Llegar a capitán.

—No, Merrill —sonrió Andro—. No es eso y usted lo sabe tan bien como yo. Usted desea atrapar a Abner Kelly y demoler toda su organización.

—Eres muy listo.

—Lo desea tanto que sería capaz de dar una de sus dos manos por ver a Kelly asarse en la silla eléctrica.

—Creo que exageras un poco, Andro. Necesito mis dos manos. Con sólo una de ellas me jubilarían del Cuerpo.

Andro bebió de nuevo un trago de *whisky* y chascó la lengua.

—¿Qué pasaría si yo estuviese dispuesto a ayudarle, teniente?

—¿Qué clase de ayuda?

—Yo le aportaría las pruebas que necesita para acabar con Kelly.

—Estás fanfarroneando, Andro.

—No, teniente. Nunca he hablado más en serio que ahora.

—¿Qué pruebas?

Andro volvió a sonreír.

—Eso es lo último que usted sabrá. Antes hemos de llegar al acuerdo. Usted me ayudará a salir del país.

Se hizo un silencio en la estancia. Luego el teniente se echó sobre el respaldo del sillón.

—¿Por qué quieres escapar de los Estados Unidos, Andro?

—No es nada que le incumba.

—Creo que sí. ¿Quién me dice que no has matado a alguien? A ningún precio podría ayudarte a escapar, ni proporcionándome las pruebas contra Frank Costello.

—Usted es demasiado escrupuloso.

—Soy un policía.

Andro hizo una mueca.

—Descanse, teniente. No he matado a nadie.

—Has de decirme por qué quieres huir del país —insistió Merrill con voz desprovista de emoción.

Andro cerró los ojos y los abrió enseguida.

—He caído en desgracia con Kelly. ¿Lo va entendiendo? Logré darles el esquinazo y llevo dos días encerrado en este apartamento. Lo he pensado mucho antes de decidirme. Sé que no tengo escapatoria si intento valerme por mis propios medios. Me cazarían como a un conejo. Por eso lo necesito, teniente. Por eso le voy a poner ante sus ojos algo que ni siquiera ha podido soñar. Pruebas contra Kelly, pruebas concretas, sólidas, que usted podrá exhibir ante cualquier fiscal, y él, por muy torpe que sea, no encontrará ninguna dificultad en pulverizar a Kelly y a todo su tinglado.

Merrill echó una mirada por el cuarto.

—¿De quién es este apartamento, Andro?

El matón arrugó el ceño.

—¿A qué viene eso?

—Contesta a mi pregunta.

—A una chica.

—¿Novia?

—Oiga, Merrill, creo que eso no le interesa.

—Debo tomar precauciones. No soy ningún novato, Andro. ¿Quién me asegura que lo que me vas a soltar no son pruebas fraguadas?

—No le engaño, teniente. Ni pienso hacerlo. Sólo quiero largarme a cualquier país que esté convenientemente lejos de los Estados Unidos.

—¿Quién es la chica?

Andro apretó los dientes.

—Supongo que se lo tengo que decir porque usted lo averiguará enseguida.

—Ahora eres sensato.

—Es Jenny Winkler y no es mi novia… sólo me tiene afecto.

—Sólo te tiene afecto y se ha brindado a acogerte cuando tu piel vale menos de cinco centavos. ¿Esperas que crea eso?

—Ella no sabe quién soy yo; quiero decir, cuál es mi trabajo… Para Jenny soy un viajante.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que vendes?

—Represento a una casa que vende artículos por correo… ¡Maldita sea!… ¿Es necesario que le cuente cuando bebí mi primer vaso de leche?…

—No, Andro. Me imagino que tú no conoces su sabor.

—¿Va a ayudarme o no, teniente?

A pesar de la morfina y el *whisky*, Andro Norse se estaba poniendo nervioso. El teniente sólo hacía que provocarlo porque quería sacarlo de sus casillas. Nunca le había gustado combatir en el terreno de los demás. Era preferible atraer a sus rivales al terreno propio. Era un sistema que siempre le había producido dividendos. Y con Andro Norse también surtía efecto.

—Muy bien, Andro, pero tendrás que arriesgarte un poco.

—¿Qué quiere decir?

—Tú me harás una relación de esas pruebas y, naturalmente, luego las tendré que comprobar. Si lo que me dices es cierto, te ayudaré a salir del país.

—Podría ser demasiado tarde para mí. No puede hacer eso, teniente. Quiero salir de los Estados Unidos esta misma noche. Yo le digo lo que hay y usted me acompaña al barco o al avión.

El teniente sopesó la propuesta. Después de todo, no le parecía una mala oferta. Bastaría con enviar a Andro a cualquier Estado con

el que los Estados Unidos hubiese convenido la extradición. Naturalmente antes de que Andro se marchase realizaría una investigación acerca de él. Bastarían unas pocas horas y, si el tipo quedaba exento de toda sospecha respecto a cualquier delito, le echaría una mano para salir de los Estados Unidos.

—De acuerdo, Andro.

La cara del matón se iluminó con una nueva sonrisa.

—¿No quiere un trago ahora, teniente?

—No.

—No está envenenado.

—Estás perdiendo el tiempo, Andro. Pensé que tenías mucho interés en marcharte.

—Sí, tiene razón.

El teniente estaba mirando los ojos de su interlocutor y de pronto vio como los desorbitaba y al instante Andro se echó hacia atrás abriendo la boca.

Merrill empezó a correr la mano hacia la sobaquera, pero en eso le llegó una voz desde el hueco que comunicaba con el vestíbulo.

—Yo en su lugar no haría eso, teniente.

Merrill quedó paralizado y finalmente giró la cabeza.

Vio dos hombres que no conocía. Uno era alto, huesudo, de sienes hundidas y pómulos salientes. El otro, más bajo y cejas de un color rubio, hacía una mueca como si se fuese a echar a llorar. Los dos tipos mostraban pistolas en la mano y ambas estaban provistas de silenciador. El más alto sonrió.

—¿Nos dejan participar en la fiesta?

Andro cerró por fin la boca.

—El teniente sólo está aquí de paso —dijo muy aprisa.

El de las cejas rubias echó a andar deteniéndose junto a la puerta del dormitorio. De esa forma él y su compañero dominaron a Andro y a Merrill.

El teniente dejó caer el brazo que había empezado a levantar.

—Guarden los chismes, muchachos —dijo.

El alto y el rubio permanecieron inmóviles.

Andro se acordó del vaso que tenía en la mano y lo llevó a los labios bebiendo de una sola vez todo su contenido.

—Tengo *whisky*, chicos. Anda, Jensen, ve a la cocina y trae los vasos.

Estaba mirando al rubio, pero éste movió la cabeza en sentido negativo, respondiendo:

—A Mahoney y a mí nos pasa como a los polis. No bebemos en acto de servicio.

Andro tragó saliva mientras señalaba con el dedo a Merrill.

—El teniente no está en acto de servicio. Él y yo nos conocemos desde que me envió a chirona. Está buscando a un tipo que pegó un asalto a una joyería y no sé por qué demonios se le ocurrió que yo podía saber algo de eso. ¿No es así, teniente?

El más alto de los pistoleros habló antes de que lo pudiese hacer Merrill.

—Eres un condenado embustero, Andro… El más cochino de todos cuantos he conocido.

—¿Qué te pasa, Mahoney? —dijo Andro—. Siempre me he llevado bien contigo.

—Soy amigo de mis amigos hasta que ellos dejan de serlo.

—Yo soy tu amigo, Mahoney.

—Eres sólo un chivato.

—No, Mahoney… No soy ningún chivato. ¿Quién te ha podido meter eso en la cabeza?

—Trajiste aquí al teniente para soltarle carrete.

—¿Yo? —Andro forzó una sonrisa—. ¿Cómo voy a hacer yo una cosa así?… No se me ocurriría por nada del mundo.

El teniente cruzó las piernas. Quería aparentar que estaba muy tranquilo, aun cuando desde hacía un rato tenía la sensación de que se le estaban haciendo nudos en las tripas.

—Es mejor que se marchen —dijo con voz pastosa—. Ya me calentaron bien la cabeza. Y les voy a agregar algo.

—¿Sí? —dijo Mahoney.

—Lárguense y les prometo que no lo tomaré en cuenta.

Hubo un silencio y luego Mahoney ordenó:

—Levántese, teniente.

Merrill se quedó quieto.

—Han iniciado un mal juego.

De pronto sintió un fuerte impacto en la clavícula y hundióse en el sillón. El dolor se transmitió en ondas hasta el cerebro y allí hizo explosión cegándole unos instantes.

Se levantó de un salto.

—¡Maldito bastardo! —se oyó gritar y en ese instante otra vez lo golpearon, ahora detrás de la oreja.

Vio al tipo de las cejas rubias delante suyo con la pistola levantada. Saltó a un lado para burlarlo, pero no lo hizo demasiado aprisa y la culata chocó contra su barbilla. Empezó a desplomarse; pero antes de que tocase el suelo, el rubio lo volvió a alcanzar en la nuca.

Perdió la noción de todo.

Un siglo más tarde empezó a volver en sí sintiendo que algo húmedo le corría por el cuello. No dudó que era sangre.

Quedó sentado en el suelo y sacudió la cabeza de un lado a otro tratando de recuperarse.

De repente sus ojos quedaron fijos en el cuerpo que yacía en el suelo, a dos yardas de donde él se encontraba. Estaba de bruces, encogido contra un sillón.

—Andro —lo llamó.

No obtuvo ninguna respuesta.

Entonces gateó hasta su lado y le dio la vuelta.

Andro quedó boca arriba. Tenía las manos en el vientre y por entre los dedos se le escurría sangre. Merrill se los apartó descubriéndole los dos orificios.

No; Andro Norse no saldría jamás del país.

Merrill permaneció un rato quieto. Finalmente se puso en pie encaminándose a la puerta que había al fondo. Tal como suponía, allá estaba el cuarto de baño. Abrió el grifo y puso la cabeza bajo el chorro de agua. Poco a poco se sintió mejor. Luego regresó al *living* y cogió el teléfono.

Se puso en comunicación con el Departamento. No dio detalles de lo que había ocurrido. Simplemente habló de un hombre muerto y de que él se encontraba con la víctima en el número 132 de la calle 66, Oeste.

Después de colgar echó otra mirada a Norse. Entonces vio la pistola. Era la suya.

Agachóse sobre el cadáver y examinó los agujeros.

Miró otra vez su arma y apretó los dientes con fuerza. Luego volvió a ocupar el sillón donde había sido sorprendido cuando llegaron los dos matones.

No tuvo que esperar mucho.

Oyó las sirenas de los coches y entonces se levantó y fue a abrir la puerta del apartamento.

Vio salir del ascensor al teniente Whitmore y a los agentes Kastner y Haney.

Whitmore estaba por los treinta y cinco años de edad y era de estatura regular, anchos hombros y piernas quizá un poco cortas. Su boca estaba contraída perennemente y eso quizá fuese debido a una úlcera.

Whitmore y Lou Merrill no se tenían simpatía, pero se respetaban.

—¿Cómo va eso, Lou?

Merrill se tocó la nuca mientras contestaba:

—Esos bastardos me pegaron fuerte.

Fueron todos al *living* y mientras Whitmore examinaba el cadáver los dos agentes dieron una vuelta por el apartamento.

Merrill dijo:

—Me imagino que lo han hecho con mi pistola.

Whitmore se levantó y se le quedó mirando.

—¿Por qué? ¿No tenían ellos armas?

—Sí, cada uno tenía una pistola provista de silenciador, pero me dejaron sin conocimiento y prefirieron hacerlo de ese otro modo.

Kastner, un tipo de cabello rojizo, se asomó por el dormitorio mostrando un almohadón que parecía haber sido quemado.

—Miren esto —dijo.

Merrill y Whitmore lo observaron y el primero dijo:

—Ahí lo tienes, Bert. El asesino se rodeó con el almohadón para ahogar el ruido de los disparos.

Whitmore meneó la cabeza.

—¿Por qué no me lo cuentas desde el principio?

—Hay poco que contar. Esta tarde a las cuatro estaba en mi despacho cuando me pasaron una comunicación de la centralilla. Un tipo que no quería dar su nombre deseaba hablar conmigo urgentemente. —Lou señaló el cadáver de Andro—. Era él. Me dijo que me iba a hacer un regalo y que yo le iba a quedar agradecido toda la vida. Me dio su dirección y me citó para las seis.

—¿Por qué viniste? ¿Tiene algo que ver con algún asunto que lleves entre manos?

—Sí, Bert. Yo sabía que Andro Norse pertenecía a la pandilla de

Abner Kelly.

—Creí que ya habías terminado con eso.

—¿Con Abner Kelly? No, Bert. Eso es algo permanente.

—Si no recuerdo mal, te retiraron de ese asunto hace cosa de un año.

Lou sintió que se le encendía la sangre. No dijo nada porque en aquel momento entraban los muchachos del laboratorio fotográfico y dactiloscopia.

Whitmore se mojó el labio inferior y dijo:

—Ven conmigo, Lou.

Se encerraron en el cuarto de baño y entonces Merrill contó todo lo que había pasado en el apartamento desde el momento que llegó. Dio una buena descripción de aquellos tipos, Mahoney y Jensen.

—Muy bien —repuso Whitmore cuando hubo terminado—. Será mejor que te vayas a descansar.

—Antes tengo que hacer una visita.

—No, Lou. Te vas a estar quieto.

—¿Es que me vas a prohibir que visite a Kelly?

—Ya hablamos de esas cosas en cierta ocasión. Nada de interferencias y esto es asunto mío.

Permanecieron un rato en silencio mirándose. Finalmente Merrill cabeceó.

—Está bien, Bert. No iré a ver a Kelly, pero supongo que lo harás tú.

—Claro que sí. Iré a hablar con él.

—Ya me pondrás al corriente.

—Descuida.

Salieron del cuarto de baño. Los de la dactiloscopia estaban espolvoreando los tiradores de las puertas.

—Oye, Bill —dijo Merrill—. No hace falta que te canses mucho en cuanto a las huellas de la pistola. Sólo encontrarás las mías.

El llamado Bill, un tipo de cabello cortado a cepillo y ojos saltones, se había quedado perplejo. Cuando fue a replicar, el teniente Merrill había salido ya del apartamento.

CAPÍTULO II

Merrill apartó de un manotazo la taza de café que tenía delante. Se sentía invadido por la ira. Había comprado un ejemplar del *Clarín* antes de meterse a desayunar en donde lo hacía todos los días, en el bar de Nolan.

En primera página se daba cuenta de la muerte de Andro Norse e igualmente se hacía constar la forma en que ésta se había producido según el testimonio prestado por el teniente Lou Merrill, pero el periodista que firmaba la crónica, Nelson Wright, daba a entender bien a las claras que él no creía la historia del teniente y, veladamente, sugería que Merrill había discutido con Andro Norse y que el teniente dio fin a la lucha haciendo fuego dos veces sobre Norse.

Rápidamente dejó unas monedas sobre la mesa y, mientras caminaba hacia la puerta, se dio cuenta de las miradas que le dirigían Nolan y una de las camareras. Ya podía estar seguro de que toda la ciudad creería a Nelson Wright.

Cuando llegó al Departamento de policía, preguntó por el teniente Whitmore recibiendo la respuesta de que se encontraba en aquellos momentos en el despacho del capitán Milton Cummings.

Caminó hacia la puerta de vidrio esmerilado y llamó con los nudillos. La voz del capitán le autorizó la entrada.

Milton Cummings frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era de cabeza poderosa, frente ancha y ojos claros bajo los que exhibía gruesas bolsas.

Cummings se había hecho famoso en la ciudad quince años antes cuando luchó con Johnny Rocco, el rey del hampa, al que logró encerrar a perpetuidad haciendo saltar en pedazos todo su bien construido gang.

—Hola, Lou —dijo con su voz ronca—. Justamente estábamos hablando de usted.

Merrill se detuvo ante la mesa y, después de dirigir una mirada a Whitmore, mostró en alto el ejemplar del *Clarín*.

—Ya he leído lo que dice ese reptil y antes de una hora lo obligaré a rectificar.

—Me gustaría que le diese su merecido —dijo Cummings—. Pero me temo que no pueda hacerlo… Acabo de recibir una llamada del Comisionado.

Merrill sintió que sus ánimos se enfriaban.

—No me irá a decir que el señor Petterson va a ponerse de parte de Wright.

—Naturalmente que no, Lou, aunque usted ya sabe…

—Sí, es año de elecciones… Pero no creo que esto sea cuestión que vayan a resolver los políticos.

Cummings dio un suspiro.

—Lo mismo opinaba yo cuando tenía su edad, pero luego la vida me ha convencido de que estaba equivocado. En buena lógica, nosotros, los policías, no debíamos estar contaminados por esa basura pero los hechos se imponen —se echó atrás en el sillón—. Siento decírselo, Lou, pero éste es un mal asunto.

Merrill volvió la cabeza bruscamente hacia Whitmore.

—¿Hablaste con Kelly?

—Sí.

—¿Qué es lo que dijo?

—Después de mucho esfuerzo, logró recordar que Andro Norse trabajó para él hace cosa de cinco años. Según él, sólo lo tuvo dos meses como cobrador en uno de sus negocios a plazos.

—Claro que sí, Andro Norse cobraba los réditos de los préstamos que hacía Abner Kelly. Sé algo de eso. Kelly deja dinero, quinientos dólares, y el prestatario ha de pagar cincuenta a la semana durante seis meses. Un buen interés; y lo peor es que lo sigue haciendo, y hace siete días Andro seguía cobrando a los deudores.

Whitmore sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió. Mientras arrojaba una bocanada de humo dijo:

—Le pregunté también por Mahoney y por Jensen. No había oído en su vida esos nombres. Igualmente le di la descripción de los dos tipos pero tampoco sirvió para nada.

—¿Los buscaste, Bert?

—Medio centenar de nuestros hombres se han pasado toda la noche visitando hoteles y los apartamentos de alguna gentuza. Hemos detenido unas cuantas docenas de maleantes. Pero de todo ello no hemos logrado sacar una sola pista que nos pueda servir para cazar a esos fantasmas.

En la frente de Lou se hinchó una venilla.

—¿Fantasmas, Bert?

—No lo he querido decir con esa intención.

—Por favor, caballeros —intervino el capitán—. Espero que esto no lo conviertan en una cuestión personal.

Merrill miró a Cummings.

—Quiero pedirle un favor, capitán.

—¿De qué se traía?

—Déjeme que yo corra con la pelota en el asunto de Andro Norse.

—Yo no tengo inconveniente. Pero es Whitmore quien tiene que decidirlo.

Merrill miró a Whitmore.

—¿Qué dices tú, Bert?

—No, Lou.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Te contestaré. Tienes la sangre caliente, e imagino que Andro Norse no iba a ser el único cadáver que iría a parar al depósito. Estás poseído de una furia irracional y no vacilarías un segundo en disparar también contra Kelly o contra ese periodista.

—¿Disparar también?… —Los ojos de Lou se entrecerraron—. De modo que piensas que yo maté a Andro Norse. ¿Estás de acuerdo con la tesis de ese periodista de tres al cuarto?

—Seamos realistas, Lou.

—Seámoslo.

—Andro Norse te citó en ese apartamento y me imagino que yo sé por qué.

—¿Por qué?

—Trataba de sobornarte. Naturalmente, no por cuenta de él sino de Abner Kelly. Eso te puso ebrio de coraje y le pegaste. Él se defendió. De esa forma empezó la pelea. Te dio un mal golpe casi privándote del sentido y tú pensaste que él te iba a matar… Se te

nubló el cerebro y echaste mano a la pistola.

—Cállate, Bert.

—Hasta es posible que Andro hiciese un gesto de ir a sacar un arma que no poseía porque no hemos encontrado ninguna encima de él, pero tú pensaste que él iba a hacer fuego y por eso te lo cargaste.

—¡Cállate he dicho!

El capitán intervino nuevamente.

—Guarden silencio los dos.

Merrill y Whitmore obedecieron. Luego Cummings se aclaró la garganta.

—¿De qué se ocupa ahora, Lou?

—En el caso Mildred.

—¿Qué hay con ella?

—Hace su vida ordinaria con normalidad. Alquilamos un apartamento en el mismo corredor y controlamos el teléfono pero hasta el presente no ha recibido ninguna llamada.

—Está bien. Siga con ello, y anúncieme si hay alguna novedad. Eso es todo, teniente.

Merrill fue a decir algo pero en última instancia cerró la boca y, después de echar otra mirada a Whitmore, giró sobre sus talones y salió del despacho.

Ya fuera, respiró hondo llevando aire a sus pulmones.

De pronto una mano le tendió un vaso de papel lleno de agua. Era el sargento Sheridan Anes.

—Gracias —le dijo y aceptó el vaso.

A Sheridan le llamaban el eterno sargento. Estaba por los cincuenta años y su cabello era entrecano y su cara mostraba ya demasiadas arrugas. Hubiese podido ascender en alguna ocasión, pero él siempre renunció porque no se consideraba apto para ser un teniente. Era la razón que alegaba, pero todos sabían en el Departamento había otra. Estaba encargado de la delincuencia juvenil y no quería abandonar su misión de ninguna forma. Tuvo un hijo de su matrimonio y el muchacho, a los dieciséis años, había resultado muerto en una reyerta de pandillas en las afueras de la ciudad. Cuando ocurrió aquello, Sheridan se había sentido culpable y desde entonces se impuso como un castigo aquel trabajo. Cumplía con su deber pero lo hacía de tal forma que más de uno de aquellos

muchachos le debía haberse convertido en un hombre de provecho.

Merrill arrugó el vaso vacío y lo arrojó a la papelera.

—Lo siento, Lou —dijo Sheridan.

Merrill le dio una palmada en el brazo.

—Tu ungüento no sirve para nada sargento. Me despellejaron a conciencia.

—No te lo tomes así.

—¿Cómo quieres que me lo tome?

—Leí el informe de Whitmore. Dará con esos fulanos y todo quedará claro.

Merrill sonrió amargamente.

—Ni tú mismo piensas en ello. Kelly ha hecho retirar de la circulación a esos fulanos. No, Sheridan. Whitmore no dará con ellos. —Lou dio por terminada la conversación acerca de aquel tema—. ¿Cómo está Susan?

—Perfectamente. ¿Por qué no vienes el sábado a comer?

—Es posible que lo haga, pero no se lo digas a ella, ya te avisaré.

—De acuerdo, muchacho.

Merrill se despidió del sargento y salió a la calle.

Justamente en aquel momento vio salir de un coche a Nelson Wright, el periodista del *Clarín*.

Nelson era alto, fornido, de cabello rubio, ojos verdosos y rostro bien parecido. Se cubría con un terno impecable.

—Hola, teniente.

Merrill no le contestó sino que quedósele mirando fijamente a los ojos.

Nelson Wright sonrió.

—Me imagino que no está usted muy conforme con mi columna.

—¿En qué clase de veneno moja su pluma, Nelson?

—¿Todavía no lo sabe?… Escribo a máquina, una portátil que me regaló un hombre al que salvé de la silla eléctrica.

—¿A quién va a salvar esta vez, Nelson?

—Me imagino que a nadie.

—Se equivoca. Yo le diré el nombre: Abner Kelly.

Wright sonrió de nuevo.

—Sólo falta que me diga que él me pagó el artículo.

—Lo sabré.

Por unos instantes los labios de Wright se comprimieron.

—¿Cree usted que va a ser policía para entonces? —sonrió otra vez y, sin esperar una respuesta del teniente, se introdujo en el Departamento.

Lou sintió que las sienes le latían con violencia, tal como había ocurrido cuando oyó a Whitmore.

Estaba todavía mirando a la puerta cuando vio salir al agente Kastner. Éste le hizo un saludo y fue a dirigirse a un coche que estaba junto al bordillo de la acera. De pronto Merrill se acordó de algo.

—¡Kastner!

El agente se detuvo y giró sobre sus talones.

—Diga, teniente.

—¿Estaba pagando Andro Norse el apartamento de la calle 66, Oeste?

—No, señor. Era cuenta de la inquilina, una tal Jenny Winkler.

—¿Qué sabéis de ella?

—Haney se está ocupando de eso.

—¿Es que no ha aparecido la chica?

—No, señor. Ella trabaja en un salón de belleza y justamente hace dos días se marchó de la ciudad para hacer una serie de demostraciones en algunos pueblos del Estado. Haney está tratando de localizarla.

—¿Qué relación había entre Jenny Winkler y Andro Norse?

—Lo sabremos de un momento a otro, teniente, aunque imaginamos que ellos dos eran muy amigos. Ya me entiende.

Merrill recordó también las palabras de Andro cuando él sugirió tal relación íntima. No; Andro sólo sentía por ella afecto.

Dio las gracias al agente y echó a andar hacia la parada de taxis.

Veinte minutos más tarde subía por las escaleras de la casa donde vivía Mildred Thomas, la mujer que tenía bajo vigilancia. Antes de llegar a la puerta tras la que se encontraban sus muchachos, oyó el sonido del saxofón. Habían alquilado el apartamento diciendo que eran músicos que iban a componer una orquesta. Él había tocado la trompeta diez años antes y ahora durante aquellos últimos días, le había gustado recordarlo, y Tedd Danfry era un buen saxofonista.

Pulsó el timbre y enseguida le abrió Alan Mac Kendruck.

Merrill correspondió con un gruñido a los buenos días del

agente.

Tedd estaba interpretando un *blue* con el saxofón y, por unos segundos, lo apartó de la boca, pero el teniente le hizo una señal y él continuó con la pieza.

Merrill se dio cuenta de que los muchachos estaban enterados de todo. Allá, sobre un diván, el apartamento lo habían alquilado amueblado, había un ejemplar del *Clarín*.

Merrill hizo una mueca y dejóse caer en un sillón.

Encendía un cigarrillo, cuando observó que Mac Kendruck y Danfry, éste, sin dejar de interpretar su *blue*, lo estaban mirando.

—Está bien, muchachos, no sientan compasión. Las cosas ocurrieron como yo las conté. Y no como ese bastardo ha imaginado.

Luego hubo un silencio.

Merrill dobló la cabeza hacia la pared de la derecha.

—¿Qué hay con ella?

—No ha vuelto a salir desde ayer por la mañana. Pero hizo una llamada… —Mac Kendruck, tras una pausa, agregó con voz lúgubre:

—A la tintorería.

—Está bien, Mac. Ponme en comunicación con Rubén.

Mac Kendruck cogió el teléfono y marcó dos números.

—¿Rubén…? El teniente.

Pasó el micro a Merrill.

—¿Alguna novedad, Rubén?

—No, señor. Entraron unas cuantas personas en el edificio pero no hubo ningún extraño entre ellos. Todos eran conocidos.

—Gracias.

—Ah, señor.

—Di, Rubén.

—Siento el lío en que se ha metido.

Merrill miró el auricular. Sabía que sus chicos lo apreciaban pero le quemaba la sangre saber que estaban preocupados por él.

—Ten los ojos bien abiertos, Rubén —dijo.

—Sí, señor.

Merrill devolvió el auricular a Mac Kendruck y éste lo dejó en la horquilla.

Danfry terminó su *blue* y atrapó un paño de una mesa y lo pasó

por la embocadura del saxofón.

—¿Me permite decirlo, teniente? —dijo de pronto.

—¿Qué es ello, Danfry?

—Tengo la impresión de que aquí estamos perdiendo el tiempo. Con hoy llevamos esperando diez días. Creo que
O'Donnell
terminó con la pelirroja.

—Y yo opino lo contrario.
O'Donnell
estaba a punto de casarse con Mildred porque ella era la mujer que daba la medida. De pronto rompieron y, al cabo de un par de meses, sobreviene el asalto a la Compañía de pagos Darlington. Todos sabemos que fue
O'Donnell
el que se llevó el botín de los cien mil dólares, pero resulta que
O'Donnell
se esfumó. Sigo pensando que Mildred nos llevará a
O'Donnell
o será él quien venga aquí.

Merrill se apercibió de que sus dos muchachos lo estaban mirando con cara aburrida. Les dio mentalmente la razón. ¿Cuántas veces les había expuesto ya la teoría?

Se quitó la chaqueta y tendióse en el diván.

Danfry se puso a interpretar un fox rápido.

Hacía calor en aquel apartamento. Le dijo a Mac Kendruck que abriese una ventana.

Más tarde, Danfry dejó el saxofón, cogió una novela y se puso a leer.

El tiempo se fue desgranando lentamente.

Era casi mediodía cuando llegó la señal de que Mildred Thomas se disponía a recibir una llamada.

Merrill se levantó de un salto y alcanzó el auricular antes que Mac Kendruck.

Oyó la voz de la pelirroja.

—¿Sí?

—Por favor —dijo una voz varonil—. ¿Está ahí el señor Freman?

—¿Freman?… Me temo que se ha equivocado.

—Perdone, señorita.

Luego colgaron, y Merrill lo hizo arrugando el entrecejo.

Mac Kendruck y Danfry lo estaban mirando.

—Una equivocación. Un tipo que llamó preguntando por un tal Freman.

Danfry había seguido los movimientos del disco supletorio y ya tenía apuntado el número. Rápidamente descolgó otro auricular y cuando estableció la comunicación dijo:

—Hola, encanto. ¿Le gustó la sesión de cine? —carraspeó al ver la fulminante mirada que le dirigía el teniente—. Esta vez es el ciento veintiuno, ochenta y tres, cuarenta y seis; esperó unos segundos y luego dijo. —Gracias, encanto…

Colgó y dirigióse al teniente:

—El despistado habló desde una cabina telefónica de un bar llamado «Dakota» en la calle treinta y dos, Oeste.

—Muy bien —respondióle el teniente—. Es cuenta mía.

Fue al bar «Dakota» pero no le sirvió de nada. A aquellas horas había demasiado público en el local. Ningún empleado pudo decirle quién era el hombre que había llamado a las once y veintisiete. Los clientes utilizaban el teléfono continuamente.

Merrill tuvo que dar las gracias y marcharse.

Caminó por la acera lentamente hasta encontrar un automático donde decidió detenerse para almorzar. Estuvo a punto de marcharse cuando vio en la pantalla de televisión la figura de Nelson Wright, pero se detuvo a oírle hablar.

—«Yo opino que, si pronto va a llegar el día que cualquier policía pueda convertir una simple disputa personal en algo oficial amparándose en su cargo, es que algo de nuestro sistema está fallando, porque en tal caso, nuestras ciudades se convertirán en auténticas selvas. Pero yo también creo que todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a defender nuestras libertades. Éste es el momento de obrar. No podemos demorarlo. Si existe alguien que se cree invulnerable porque está en posesión de una chapa y de una pistola, somos nosotros quienes debemos demostrar a ese individuo que hizo mal sus cálculos…».

Merrill giró rápidamente y salió del local. Tropezó con una señora y se excusó. Sentíase invadido por una rabia sorda. Y ahora se dio cuenta de que los latidos de su corazón se habían acelerado y de que también respiraba más rápidamente.

Vagó sin rumbo fijo durante una hora. Luego despachó un par de *sándwichs* con una jarra de cerveza en un bar.

Eran más de las dos cuando subió otra vez al apartamento donde estaban los muchachos. Sólo encontró a Mac Kendruck.

—¿Consiguió algo, teniente?

—Nada.

—Ella sigue ahí y no ha habido ninguna novedad desde que usted se marchó.

—¿Y Danfry?

—Se marchó muy deprisa. Su primogénito se tragó una moneda… Es la cuarta vez, ¿sabe?… Lo que le digo a Danfry, él no necesita ningún Banco para guardar su dinero. —Kendruck rió su propio chiste pero enseguida quedó serio al ver que el teniente no lo estaba escuchando.

Merrill se quitó otra vez la chaqueta y tendióse en el diván. Estaba a punto de dormirse cuando regresó Danfry. Parecía muy contento y traía un paquete de bocadillos y dos botellas de cerveza. Lo descargó en la mesa y dijo:

—Mi mujer se va a convertir en una rica heredera.

Mac Kendruck hizo una mueca.

—Creí que nos ibas a hablar del chico y de la moneda.

—Oh, cuando llegué a casa ya la había soltado… Kathy tiene un procedimiento estupendo. Lo coge por los tobillos y lo golpea hasta que la suelta. Ese muchacho es el mismísimo diablo. La tenía en la boca. Sólo había querido asustar a Kathy.

—¿Qué es eso de la herencia?

—Una tía de ella se murió hace un mes y ahora Kathy acaba de recibir una carta de un abogado diciendo que tiene que ir al pueblo a hacerse cargo de lo que le ha dejado.

—¿Era rica la tía?

—Poseía un par de casas y alguna tierra… Kathy dice que lo venderá todo. Bueno, con eso podremos pagar la hipoteca.

—Eres un tipo de suerte —dijo Mac Kendruck—, pero me alegra eso de la herencia; a ver si pones mejor cara cuando te pida prestados cinco dólares.

Danfry soltó una risotada.

—Kathy no me dejará administrar un solo dólar.

Mac Kendruck emitió un gruñido.

—¿Come algo, teniente?

—Ya lo hice.

Durante la media hora siguiente Danfry y Mac Kendruck dieron cuenta de los bocadillos y de la cerveza.

Mac Kendruck puso en marcha el transistor. La voz de un locutor decía:

—«Ahora les vamos a contar a ustedes algo más acerca del teniente Lou Merrill…».

Mac Kendruck interrumpió la conexión.

—Pon eso —dijo Merrill—. Quiero oírlo.

Mac Kendruck cambió una mirada con Danfry mientras sintonizaba otra vez.

—«El cuatro de enero de mil novecientos cincuenta y ocho, el entonces sargento Lou Merrill mató a un hombre e hirió gravemente a otro. El hecho ocurrió en el muelle 54. El siete de marzo de mil novecientos cincuenta y nueve, el ya teniente Merrill hirió gravemente en una pierna a un hombre y esta vez el suceso tuvo lugar en un club nocturno. Las conclusiones son claras, amigos. Nos encontramos ante un servidor de la ley que resulta demasiado rápido con la pistola. Es posible que el señor Merrill se hallase muy a gusto en el Oeste de hace un siglo, pero al parecer, no se ha dado cuenta de que corre el año mil novecientos sesenta y que se encuentra en una de las ciudades más civilizadas del mundo…».

Mac Kendruck desconectó con rabia.

—¿Por qué no dice ese bastardo a qué clase de fulano baleó? ¿Por qué no dice que usted fue ascendido a teniente por su comportamiento en aquella ocasión en que mató a un hombre e hirió a otro?…

—Cállate, Mac Kendruck.

Éste fue a agregar algo más, pero cerró la boca.

Danfry cogió el saxofón y se puso a tocar.

Mac Kendruck caminó hacia la puerta.

—Voy a relevar a Rubén.

Merrill hizo una señal de asentimiento.

Apenas la puerta se hubo cerrado, sonó el timbre de uno de los teléfonos que había sobre la mesa.

Merrill cogió el auricular.

—¿Si?

—Orden del capitán Cummings de que se presente usted en el precinto inmediatamente.

—Está bien, Jimmy. Allá voy.

Cuando salía del apartamento oyó la voz de Danfry.

—Oiga, teniente.

—¿Qué quieres, Danfry?

—No se achique.

Merrill sonrió.

—Enhorabuena por la herencia.

Cuando llegó al precinto, caminó directamente hacía el despacho de Cummings. De pronto la puerta se abrió y por el hueco apareció el teniente Whitmore. Le acompañaba una joven de unos veinte años de edad, de curvas graciosas y rostro sensitivo. El cabello era negro y los ojos grandes, de un color azulado.

Whitmore se había detenido y le dijo:

—Pasa, Lou. El capitán te espera.

Pero Merrill estaba mirando fijamente a los ojos de aquella joven.

—De modo que es usted —dijo ella—. Usted es el famoso teniente Merrill.

—Sí.

—Y debe de estar muy satisfecho por su gesto. Mató a un hombre que no tenía ninguna arma en su poder… Lo asesinó.

—No sabe lo que dice.

—Me ha bastado oír y leer todo lo que se ha dicho de usted en lo que va de día.

—Perdone —interrumpió Merrill, y pasando por el lado de la joven entró en el despacho cuya puerta seguía abierta.

Cerró tras de sí y miró al capitán que estaba de pie junto a una ventana.

—Es Jenny Winkler —dijo Cummings.

—Lo he imaginado.

—¿También imaginó que ella es la hermana de Norse?

Merrill hizo una mueca.

—¿Hermana?

—Sí. Ella nos lo contó todo. Ella y Andro sólo se habían visto un par de veces. Sus padres murieron en un accidente cuando los muchachos eran muy pequeños. Andro fue acogido por una familia

y Jenny por otra. Sólo siguió conservando su apellido. A Jenny se lo cambiaron por el de su padre adoptivo. Ella residió hasta hace seis meses en Chicago. Parece una chica muy experta en cuestiones de belleza femenina y vino contratada por una casa de aquí. Andro fue a verla al apartamento un par de veces. La segunda, anteayer. Ellos apenas se conocían. Sólo por alguna feto que se enviaron de vez en cuando.

—De modo que ése era el afecto.

—¿Cómo dice, teniente?

—Estaba hablando solo. —Merrill enarcó las cejas—. ¿Para qué me quería, capitán?

—El Comisionado quiere hablar con usted. —Cummings consultó su reloj—. Me dijo que llegaría a las cuatro y sólo faltan un par de minutos. Siéntese, teniente.

Merrill caminó hacia un sillón, pero no llegó a ocuparlo porque en aquel momento se abrió la puerta y entró en el despacho Hank Petterson, el Comisionado de policía. Estaba por los cuarenta años de edad y era muy alto y robusto, de tez muy oscura y boca que le hacía parecer un *bulldog*. Se quedó en el umbral al descubrir al teniente, y finalmente cerró.

—Buenas tardes, caballeros —dijo con voz solemne.

Cummings y Merrill correspondieron al saludo.

Luego Petterson caminó hacia el sillón que estaba situado enfrente del que se disponía a ocupar Merrill y se sentó cruzando las piernas.

—*Me temo que su* actuación no *ha sido todo lo* brillante que todos hubiésemos deseado, teniente Merrill.

Lou sintió como poco a poco hacía presa en él la indignación.



Aquella cosa golpeó contra su cuello.

Petterson carraspeó mientras proseguía:

—Todos sabemos lo ingrata que es la misión de ustedes, pero eso no autoriza a un miembro de la policía a apretar el gatillo apenas…

—No apreté el gatillo —lo interrumpió Merrill en voz brusca.

El rostro de Petterson empezó a enrojecer.

Cummings tosió suavemente diciendo:

—Serénese, Merrill.

Los ojos de Petterson estaban clavados en la cara del teniente.

—Usted va a traer muchas complicaciones. Merrill, de modo que espero sea usted comprensivo —se volvió hacia el capitán—. ¿*Se* lo ha dicho, Cummings?

—No, señor.

—Está bien. Se lo diré yo mismo. —Petterson hizo una pausa—. Se va a tomar unas vacaciones, teniente.

—No las necesito, señor.

Cummings medió otra vez:

—Sea sensato, teniente.

Petterson sonrió sin apartar los ojos del semblante de Merrill.

—No hay nada personal contra usted, Lou. Todos estamos de su parte. Usted no mató a ese hombre. Ocurrió como usted lo dijo.

—En tal caso, no hay necesidad de que yo tome unas vacaciones. Trabajo en el asunto de Mildred Thomas y estoy esperando resultados.

—Sí, me hallo al corriente de ello, pero me imagino que usted no será absolutamente preciso cuando la trampa surta efecto, si es que alguna vez llega a ocurrir eso —el Comisionado se mojó los labios—. Dese cuenta, teniente. Los periodistas y los comentaristas de radio se han lanzado sobre nosotros como perros hambrientos sobre un solo hueso.

—Existe una forma de acallar a la jauría.

—¿Cómo?

—Al parecer, hasta ahora usted no ha dicho nada en el asunto. ¿Por qué no convoca una reunión de periodistas y colaboradores de las emisoras? Explíqueles usted de nuevo cómo ocurrieron las cosas.

—No puedo hacer eso —contestó Petterson muy serio.

—¿Por qué no?

—Nadie me creería.

Merrill entrecerró los ojos.

—Ni usted mismo lo cree, Comisionado.

—Le prohíbo que…

—Usted no me puede prohibir pensar, Comisionado. Usted está con ellos, con Wright y los demás. Yo soy un tipo muy rápido con la pistola. Peleé con Andro y en el transcurso de esa lucha decidí acabar con él. Me bastó con sacar la pistola y meterle dos balas en los intestinos…

En la estancia reinó un silencio que interrumpió Petterson.

—Si yo estuviese en su lugar, sería más realista, teniente.

—Claro que sí, usted es un hombre muy práctico, Comisionado.

Petterson saltó.

—¿Qué pretende sugerir con eso, teniente? Tengo la impresión de que se está usted propasando.

—Ya acabé, Comisionado.

Merrill se despojó de la chapa y la arrojó sobre la mesa.

Petterson y Cummings quedáronse mirando el emblema y luego observaron al joven.

—¿Qué es lo que hace, teniente? —preguntó Petterson.

—Llevar a la práctica lo que usted ha estado deseando durante todo el día. Le presento mi dimisión.

Petterson carraspeó para decir algo, pero guardó un silencio.

Merrill dijo:

—Me gustaría devolverles también la pistola, pero en el Departamento ya la tienen en su poder. Es la que mató a Andro Norse.

Cummings se pasó una mano por el cabello.

—Oiga, teniente, creo que hay otra forma de arreglarlo. Me acojo a la idea del Comisionado acerca de sus vacaciones. Puede tomarse un mes. Para cuando regrese, las cosas habrán cambiado.

—Gracias, capitán, pero no puedo aceptar su oferta. Por nada del mundo quiero convertirme en una pesadilla del Comisionado.

Petterson se levantó del sillón y caminó hacia la ventana. Quedó allí de espaldas mirando al patio de luces.

Lou dio media vuelta rápidamente y salió del departamento.

CAPÍTULO III

Los ojos cerdunos de Abner Kelly brillaron observando la figura de la hermosa rubia que, sentada en el diván, se estaba poniendo unas gotas de esencia en las orejas.

—Ese vestido te sienta muy bien, nena.

Lina Swigart había cumplido recientemente los veintiséis años de edad. Poseía un cuerpo muy esbelto, lleno de redondeces, y un rostro picaresco en el que jugaban un importante papel su naricilla respingona y sus ojos vivaces. Había seguido al pie de la letra aquel consejo que le dieron acerca de que una muchacha debe aprovechar bien su oportunidad cuando ésta se le presenta. Había empezado como vocalista, pero durante mucho tiempo se preocupó más del músico guapo de la orquesta que de su propia carrera. Ahora, pasada ya su primera juventud, sentó la cabeza y eso había significado para ella el pasar de un oscuro grupo de bailarinas del conjunto a rutilante estrella en el espectáculo que todas las noches se representaba en el club nocturno de Abner Kelly.

Ahora Lina Swigart echó atrás su brillante mata rubia y haciendo un mohín dijo:

—Si hubieses cumplido tu promesa, a estas horas tú y yo deberíamos estar en Miami.

—Sí, preciosa. Ése era el plan, pero yo no podía imaginar que ese bastardo de Andro Norse nos iba a poner difíciles las cosas.

—Hay algo que no comprendo.

—¿El qué?

—¿Qué te importaba que Andro Norse se largase de tu lado?

—Tu linda cabecita no se ha hecho para pensar en problemas. Deja eso para mí.

Lina se puso en pie estirándose la falda de su vestido de noche.

—Eso es lo que me molesta de vosotros los hombres.

—¿Sí?

—Os creéis los únicos capaces de arreglar el mundo. Pero yo me he quedado sin mi viaje a Miami.

—No has de preocuparte por eso, dulzura. Lo único que hemos hecho es demorarlo.

Los ojos de la rubia se agrandaron más.

—Oh, Abner, eres un encanto.

En ese instante llamaron a la puerta y Abner autorizó la entrada.

Un hombre asomó la cabeza avisando:

—Faltan unos minutos para su número, señorita Swigart.

La joven estaba sonriendo a Kelly.

—¿Cuándo nos vamos, Abner?

—Es posible que mucho antes de lo que tú te crees.

—¿No vas a salir a verme?

—Estoy esperando una llamada importante. Iré en cuanto hayamos hablado.

Lina le lanzó un beso al aire y caminó hacia la puerta balanceando mucho las caderas.

Kelly la estuvo observando hasta que salió del despacho. Entonces se echó atrás en el respaldo de la silla y sacó un cigarro del bolsillo superior de su chaqueta. Se disponía a encenderlo cuando sonó el timbre del teléfono.

—¿Sí?

—Laighton al habla.

Abner Kelly sintió un ligero escalofrío.

—Como ya sabe, los muchachos hicieron el trabajo.

—He leído los periódicos, Abner, y debo darle la enhorabuena. Todo lo han hecho muy bien.

Kelly carraspeó.

—Me temo que no salió como nosotros deseábamos.

—¿Está bromeando, Abner?

—Desgraciadamente, no.

—¿Qué es lo que no salió bien?

—No tenemos las pruebas.

Kelly se mojó los labios con la lengua mientras en la otra parte se hacía un gran silencio. Finalmente oyó otra vez a Laighton.

—¿Cómo pudo ocurrir? ¿Va a decirme que sus muchachos

liquidaron a Andro sin informarse antes dónde estaban las pruebas?

—Los chicos no tuvieron más remedio que apretar el gatillo. Para ser exactos, fue uno de ellos quien lo hizo, justamente el que se había apoderado de la pistola del teniente. Andro debió de sufrir un ataque de locura. Estaba encañonado y a pesar de ello sacó la pistola.

—¿Cómo no lo desarmaron antes de que pudiese ocurrir eso?

—Los muchachos estaban convencidos de que Andro no intentaría suicidarse. Llegaron en un mal momento porque está claro que Andro se debía haber pinchado con la hipodérmica. También había bebido unos cuantos vasos de *whisky*. Eso es lo que le hizo perder la razón. Lo cierto es que el chico que empuñaba la pistola de Merrill tuvo que darle gusto al dedo.

—Las pruebas tenían que estar en el apartamento de esa muchacha.

—Mis hombres buscaron bien por todas partes y no las encontraron. Yo también estoy perplejo. Habría pensado que los muchachos no habían llegado a tiempo si no hubiesen encontrado a Andro en compañía del teniente Merrill. Pero el sabueso estaba allí y, cuando él quedó privado del conocimiento, también fue registrado de la cabeza a los pies.

—¿Cuál es su hipótesis, Kelly?

Un fruncimiento apareció por entre las dos cejas de Kelly.

—Todavía no he dado con una que valga un centavo.

—Escúcheme entonces… Andro quería valerse del teniente Merrill para salir del país. El precio era las pruebas. Yo pienso así las cosas. Andro no estaba muy seguro de que el teniente no la iba a emprender a golpes con él para hacerle escupir los documentos, una vez que se enterase de lo que se trataba, y a Andro le interesaba que el teniente cumpliese con su parte. Por tanto, cabe suponer que Andro sacó las pruebas del apartamento de Jenny Winkler con la idea de dárselas al teniente cuando ambos estuviesen camino del muelle o del aeropuerto.

—Sí, parece sensato, señor Laighton, pero ¿en qué lugar depositó Andro las pruebas?

—Yo tampoco lo sé, pero se me ocurre una cosa.

—¿De qué se trata?

—Andro se sabía perseguido a muerte y por tanto debió de

prever la posibilidad de que fuese atrapado.

—Corriente.

—Andro dejó depositadas las pruebas en cualquier lugar con el aviso de que si en un determinado plazo no las retiraban debían ser entregadas a cierta persona.

—¿Al propio Merrill?

—No. Andro no sabía para entonces si el teniente iba a dar su conformidad al arreglo. Estoy pensando en la propia hermana de Andro. Esa Jenny Winkler.

—Ahora me ha convencido totalmente, señor Laighton. Todo me parece tan sencillo que es inconcebible que yo mismo no lo haya imaginado por mi cuenta.

—Está bien, Kelly. Lo importante es que uno sepa utilizar el cerebro. Ahora debe entrar en juego usted.

—Descuide Laighton. Le pondré una buena vigilancia a la muchacha, y para cuando ella reciba el sobre con las pruebas, mis muchachos estarán a su lado para hacerse cargo de ellas.

—Ha de adoptar toda clase de precauciones. La muchacha debe ignorar que es vigilada.

—Sí, señor Laighton.

—Y otra cosa. —Hubo una pausa. Luego—: Me temo que la chica no podrá quedar con vida después que haya sido despojada del envío que le hace su hermano.

—Lo tendré en cuenta.

—No quiero nada que se parezca a un homicidio o asesinato. Preferiría que lo arreglasen todo para que diese la impresión de un accidente. Ya sé que a muchos parecerá una coincidencia la muerte de los dos hermanos pero, al fin y al cabo, si el trabajo es bien realizado no correremos ningún peligro.

—Descuide, señor Laighton. Todo quedará bien.

—Hay otro asunto del que quiero hablarle.

—Dígame.

—Se trata del paisano Merrill.

—¿Paisano?

—Presentó la dimisión esta tarde. La noticia la darán los diarios esta noche.

Kelly soltó una risotada.

—Es lo mejor que he oído desde hace mucho tiempo.

—Usted no parece comprender, Kelly.

Abner quedó repentinamente serio.

—¿A qué se refiere?

—Merrill ha presentado la dimisión para poder trabajar en el asunto de Andro.

—Pero eso es absurdo, señor Laighton… Merrill debe saber que si mete las narices en mi negocio se encontrará con una ráfaga de plomo antes de que pueda tragar la primera bocanada de aire.

—Sí, estoy seguro de que él también piensa en semejante peligro, pero, a pesar de todo, se meterá de lleno en el asunto.

—Será lo último que haga.

—Le recomiendo rapidez. Si lo puede eliminar esta noche, mejor que mañana. Y un nuevo consejo, Kelly: Su cuerpo no debe ser encontrado. Tal como están las cosas y habiendo dimitido, creerán que él se ha marchado a cualquier parte del mundo. Nadie indagará acerca de su paradero y menos el propio Departamento de Policía al que hasta ahora ha pertenecido.

Kelly sonrió de nuevo.

—Sí, señor Laighton. Todo eso que usted dice me parece absolutamente normal. Borraremos del mapa a Merrill, y sólo nosotros estaremos informados de ello.

—Muy bien, Kelly. Lo Volveré a llamar mañana. Suerte.

—Gracias, señor Laighton.

CAPÍTULO IV

Jenny Winkler oyó el zumbido del timbre de la puerta y acudió a abrir.

En el hueco apareció un joven con un uniforme gris. En el pecho, a la altura del corazón, exhibía un águila de latón dorado.

—¿Jenny Winkler? —preguntó.

—Sí.

El joven alzó un paquete del tamaño de una caja de zapatos. Estaba envuelto en papel fuerte y atado con hilo bramante.

—Esto es para usted, señorita Winkler. Los portes están ya pagados. ¿Quiere firmarme, por favor?

La joven cogió el paquete con un fruncimiento de ambas cejas. Observó que el remitente era A. Norse.

El empleado le estaba alargando un lápiz y los dos volantes.

Jenny dejó el paquete en la consola y firmó uno de los recibos. Tenía su bolso allí mismo. Sacó una moneda de medio dólar y la entregó al empleado con el volante.

El mensajero dio las gracias y se marchó.

Entonces la joven cerró la puerta y después de coger el paquete se encaminó al *living*. ¿Qué era lo que le enviaba Andro? Todo aquello resultaba muy extraño.

Fue al cuarto de baño donde tenía las tijeras y se dispuso a cortar el hilo bramante para abrir el paquete cuando creyó oír un ruido procedente del vestíbulo.

Salió fuera y quedó de pronto quieta al ver entrar en la estancia a dos hombres, los cuales se detuvieron observando a su vez lo que ella tenía entre las manos.

—El hecho de que sean ustedes de la policía no les autoriza a entrar en mi casa sin anunciar su presencia —protestó Jenny.

Uno de los hombres era grueso, mofletudo, muy moreno, y el otro delgado, y los dos vestían trajes de buen paño y cubrían la cabeza con sombreros de fieltro que parecían recién adquiridos. Ambos tenían la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta y ahora Jenny se dio cuenta de que esos bolsillos abultaban mucho.

—Muy bien, señorita Winkler —dijo el más grueso—. Ya sabe quiénes somos. Ahora nos debe entregar lo que acaba de recibir.

La joven escondió el paquete tras la espalda.

—¿Por qué he de entregárselo?

—Estamos investigando la muerte de su hermano, y eso nos puede servir de ayuda.

—Son ustedes muy graciosos. ¿Qué es lo que tienen que investigar? Fue el teniente Lou Merrill quien mató a Andro.

—Claro que sí, señorita Winkler. El trabajo lo realizó el teniente Merrill, pero desconocemos todavía el motivo por el cual hizo dos veces fuego contra su hermano.

—Ellos pelearon por cualquier motivo.

El gordo sonrió.

—Eso es lo que nos interesa. Conocer el motivo.

Y apuesto a que el paquete que usted acaba de recibir nos va a dar la solución del caso.

—No lo entregaré —dijo ella levantando la barbilla.

—Escuche, señorita Winkler. Le voy a proponer una cosa. Usted nos acompaña con el paquete al Departamento. Allí contamos al jefe lo que ocurre y usted se lo entrega a él personalmente.

Hubo una pausa y luego el gordo insistió con la misma sonrisa persuasiva de antes:

—Creo que lo que le propongo es lo más razonable, señorita Winkler.

La joven titubeó unos instantes y finalmente dijo:

—Está bien. Les acompañaré.

De pronto Jenny vio que una tercera figura aparecía por el hueco, detrás justamente de donde se encontraban sus dos primeros visitantes. Creyó que la sangre se le helaba en las venas al reconocer al teniente Lou Merrill. Y él también tenía la mano en el bolsillo, lo mismo que los otros.

No dudó de que aquel hombre había matado a Andro y había ido allí a rescatar lo que el mensajero le acababa de entregar.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡El señor Merrill!

Los dos hombres giraron rápidamente mientras empezaban a sacar la mano del bolsillo.

Lou pegó un patadón en el bajo vientre fiel más grueso, al tiempo que su brazo derecho descendía vertiginosamente, armado con un objeto largo de un color gris.

Se produjo un chasquido cuando aquella cosa golpeó contra el cuello del delgado.

Los dos hombres se desplomaron a un tiempo. El grueso quedó inmóvil y su mano se abrió dejando caer la pistola. Su compañero se había puesto lívido y, con los ojos desencajados, logró arrodillarse. Sus brazos parecían haber quedado paralizados y la pistola que esgrimía con la diestra apuntaba al suelo.

Lou le pegó un patadón enviando el arma por los aires hacia el fondo de la habitación.

Los dos fulanos quedaron en el suelo privados del conocimiento.

Luego Lou cogió la pistola que el gordo había abandonado. Se estaba incorporando cuando vio que Jenny Winkler corría para apoderarse de la segunda arma.

—¡No haga eso, señorita Winkler!

Pero la joven no le obedeció.

Lou imprimió mucha velocidad a sus piernas porque un sexto sentido le advirtió que si Jenny lograba apresar la pistola no vacilaría en descerrajarle un balazo.

Vio que no llegaría a tiempo. La joven ya se estaba agachando sobre el arma y entonces él se arrojó al aire.

Logró atraparla por la cintura y la arrastró en su caída.

Jenny lanzó un grito porque sus dedos no habían logrado apresar la culata y luego se revolvió para golpear en la cara de Merrill.

Lou burló el primer zarpazo aferrándola por la muñeca.

—Estese quieta, señorita Winkler.

—¡Es usted un asesino!…

—Serénese.

—Ha venido para apoderarse de la prueba de su crimen, pero yo no lo consentiré.

Ella estaba encima de él y le pretendió golpear ahora con el otro puño. Instintivamente Merrill le dio un empellón y ella se desplomó

hacia atrás lanzando otro grito.

Jenny gateó rápidamente hacia donde estaba la pistola, pero Lou se estiró cuan largo era sobre el piso y la aferró por un tobillo atrayéndola hacia sí.

—¡Suélteme, criminal!… ¡No le valdrá de nada!

Lou decidió acabar de una vez con aquello. Por fortuna los dos matones continuaban sin sentido.

Cogió de un brazo a la joven y le clavó los dedos mientras la sentaba en el suelo a viva fuerza.

—¡Se va a estar quieta de una vez o le juro que le doy una paliza en la parte donde menos le va a gustar!

Jenny quedó perpleja mirándolo, y él, antes de que ella dijese algo, agregó:

—Está equivocada desde el principio al fin, señorita Winkler. Yo no maté a su hermano.

—No me puede engañar a mí, teniente.

—En primer lugar, no pretendo engañarla. Y en segundo término, será mejor que olvide lo de teniente. He dejado de ser policía.

La joven hizo un mohín de sorpresa.

—No entiendo una palabra. A menos que…

—¿A menos qué?

La muchacha tragó saliva.

—Que usted esté loco.

—Es posible que tenga algún motivo para estarlo, pero creo que por ahora conservo el pleno uso de mis facultades.

Jenny miró hacia donde se hallaban los dos hombres inconscientes.

—Esos policías admitieron que usted era el asesino.

—Es lógico que lo admitiesen.

—¿Y dice que no está loco?

—Déjeme aclararle una cosa, señorita Winkler. Esos hombres no son policías. Fueron ellos quienes la engañaron a usted. Son dos matones, dos pistoleros profesionales.

—Sólo falta que diga que fueron ellos quienes mataron a Andro.

—No, Jenny. Yo los vi perfectamente, y estos tipos no son aquéllos. Pero ya puede tener la seguridad que la hubiesen matado a usted.

—¿Cómo?

Merrill señaló el paquete que había quedado en el suelo.

—Ellos querían eso.

Jenny pareció darse cuenta ahora de la existencia del paquete.

—He estado a punto de creerlo, señor Merrill. Es usted quien ha venido a apoderarse de él… Usted necesita destruir la prueba de su crimen.

—¿De qué me iba a valer destruir unos trozos de periódico inservible?

—¿Trozos de periódico?…

—Es lo que contiene la caja.

En aquel momento, uno de los matones empezó a dar señales de vida.

Lou cogió rápidamente la pistola que había guardado en el bolsillo yendo rápidamente hacia los pistoleros.

El gordo se había sentado en el suelo apoyando las espaldas en la pared. El otro todavía estaba inmóvil, de bruces.

Merrill apuntó con la pistola a la cabeza del gordo.

—¿Cuál es tu nombre?

El interpelado soltó un escupitajo hacia Merrill, pero no lo acertó.

Lou se agachó cogiendo el objeto con el que había golpeado a los matones. Era un trozo de cañería.

—¿Quieres que te salte los dientes? —dijo amenazador.

Hizo un gesto de ir a pegar y el otro se encogió gritando:

—Joe Crossett, ése es mi nombre.

—Muy bien, Joe. Dime el de la persona que te envió aquí.

Crossett se mojó los labios.

—No lo sé.

Merrill hizo cimbrear en el aire el trozo de tubería.

—Abner Kelly —se apresuró a contestar el gordo.

—Eso está mejor, muchacho. Ahora va la tercera pregunta. —Merrill hizo una pausa—. ¿Dónde están Mahoney y Jensen?

—¿Mahoney y Jensen? —repitió Joe—. No sé quiénes son. No he oído esos nombres en toda mi vida.

—Mahoney es de pómulos salientes y sienes hundidas y Jensen un pequeñajo de cejas rubias.

Crossett arrugó el entrecejo.

—No, Merrill. No los conozco. Puedo jurárselo.

Lou apretó con más fuerza el trozo de plomo y Crossett chillo:

—¡Ahora le estoy diciendo la verdad, se lo juro!

—Está bien, Joe. Te voy a admitir esa respuesta, pero procura no equivocarte a la próxima. Me vas a decir qué es lo que esperabas encontrar en esa caja.

—¿En la caja?

—No te hagas de nuevas o acabarás con mi paciencia.

—¿Y yo qué sé, señor Merrill? A nosotros nos dijeron solamente que debíamos vigilar la llegada de un mensajero y que debíamos atrapar el paquete. Eso es todo.

—No, Joe. Te falta lo más importante.

—¿El qué?

—Teníais que acabar con la chica.

—¿Quién dice eso? Nosotros no somos unos asesinos.

—Claro que no. Sois un par de angelitos que habéis caído de una nube.

De pronto Merrill oyó la voz de Jenny:

—¡Cuidado, señor Merrill!

Lou no saltó a tiempo para burlar el puntapié que le enviaba el matón que hasta entonces había estado en el suelo, aparentemente privado del conocimiento.

Lou se derrumbó mientras gritaba:

—¡Los voy a asar!

Oyó ruido de carreras hacia la salida y, cuando se estaba incorporando, la puerta se cerró con un fuerte golpe.

Merrill se levantó despaciosamente del suelo sopesando la pistola en la mano. Miró a Jenny, la cual lo estaba observando otra vez asombrada.

—¿Es que no va a ir detrás de ellos?

—No, Jenny.

—Es usted el hombre más desconcertante que he conocido en toda mi vida.

—Los dejé escapar intencionadamente. Yo estaba vigilando por el rabillo del ojo al que me soltó la patada.

—Pero ¿por qué los ha dejado huir y no va detrás de ellos?

—Sé lo que me interesa, aunque debo reconocer que también lo sabía antes de interrogar a ese Joe Crossett. Abner Kelly está detrás

de ellos, pero necesitaba que se largasen antes de que usted se decidiese a abrir la caja.

—Y usted dijo antes que había papeles de periódico.

—Y lo sigo diciendo.

La joven se mordió el labio inferior mientras abría la caja. Metió la mano y extrajo su contenido: un rollo de papel impreso. Alzó los ojos deteniéndolos en la cara de Lou.

—¿Cómo sabía su contenido?

—Porque yo mismo lo puse. Andro no le envió ese paquete, sino yo.

La joven se llevó la mano a la frente apretándose las sienes.

—Me gustaría entenderlo, señor Merrill.

—Lo va a comprender enseguida. Jenny. Su hermano me citó para facilitarme unas pruebas contra Abner Kelly a cambio de que yo le proporcionase la salida del país. Él y yo quedamos de acuerdo, pero cuando íbamos a concretar la operación, llegaron los asesinos y ya no hubo tiempo para nada. Me privaron del sentido, mataron a Andro, y dispusieron la escena para que yo fuese considerado como el tipo que había apretado el gatillo. Pensé que aquellos hombres, y por tanto Abner Kelly, el hombre que estaba a sus espaldas, habían venido aquí por las pruebas que Andro tenía en su poder.

Lou hizo una pausa y ocupó el brazo de un sillón.

—Cabían dos posibilidades, Jenny. Que los matones hubiesen conseguido arrebatar las pruebas a su hermano mientras estaba sin sentido, pero ¿y si no había sido así? ¿Y si Andro había sabido resistirse? —Merrill consideró que no podía decir a Jenny que Andro estaba drogado cuando él llegó al apartamento—. Consideré esa hipótesis porque era para mí la salvación y entonces pensé que Andro le haría llegar las pruebas a que se refería. Naturalmente, yo podía equivocarme, y entonces se me ocurrió poner en práctica una treta para salir de dudas. Si Abner Kelly no tenía las pruebas habría puesto alguno de sus hombres vigilando esta casa a la espera de que se presentase un mensajero con lo que él pretendía recobrar.

Así las cosas, ya se puede imaginar lo demás. Probé con el paquete y todo ha salido bien… Los hechos me han demostrado que yo no estaba equivocado y que las pruebas que me ofreció Andro se encuentran en algún lugar, lejos por ahora del alcance de Abner Kelly.

Hubo una pausa.

—¡Señor Merrill! —exclamó de pronto la muchacha.

—¿Qué, Jenny?

—Ahora ellos están convencidos de que usted posee las pruebas contra Abner Kelly.

—Sí —asintió Lou mientras se masajeaba el mentón.

—¿Y lo toma así?

—¿Cómo quiere que lo tome?

—Usted ahora no es de la policía. ¿O no es cierto que dimitió?

—Sí, Jenny. Es verdad. Entregué mi placa al Comisionado.

—Entonces sólo tiene una solución.

—¿Cuál?

—Hable ahora mismo con el Comisionado o con el capitán Cummings. Explique lo que ha ocurrido aquí.

—No, Jenny. No puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—No serviría de nada.

—Oh, no, Merrill… ¿por qué dice eso?

Lou sonrió.

—¿Me creyeron cuando yo dije que no había matado a Andro?

Se hizo un silencio en la estancia mientras los dos jóvenes se miraban fijamente.

—Creo que tiene razón —dijo al fin Jenny.

—Gracias.

—¿Y qué es lo que se le ocurre, señor Merrill?

—Seguir conservando la ventaja mientras pueda.

—¿Cree usted realmente que tiene una ventaja?

—Sí, Jenny, pero ya hemos perdido demasiado tiempo. Coja lo más imprescindible y métalo en una valija.

—¿Qué?…

—Ya lo ha oído. Nos tenemos que ir. Usted no puede quedarse aquí. ¿Es que no se ha dado cuenta todavía de la clase de gentuza que hay enfrente?…

—¿Cree usted que… ellos podrían matarme?

—No tengo ninguna duda de ello. Ahora usted ha quedado al corriente de lo ocurrido. Usted podría contar a la Policía la historia aderezada con la irrupción de Joe Crossett y su compañero… Abner Kelly no puede arriesgarse a dejarla viva aunque me cace a mí.

Siento decírselo, pero ahora los dos estamos sentenciados.

Jenny invirtió tan sólo unos segundos en darse cuenta de que, efectivamente, Lou Merrill tenía razón.

Echó a correr hacia su dormitorio y Lou encendió un cigarrillo, sonriendo.

Cogió la otra pistola que estaba en el suelo y la guardó en el bolsillo.

Poco después, Jenny reapareció con la maleta en la mano.

—¿A dónde iremos? —preguntó.

—Ya he pensado en ello, no se preocupe.

—Por fortuna, tengo el coche en la calle… ¡Oh!

—¿Qué le pasa, Jenny?

La joven señaló la caja sobre la que descansaban los recortes del periódico.

—Traerán el verdadero paquete con las pruebas mientras estoy ausente.

—En la casa hay un encargado. Cuando estemos a salvó le telefonearé para que se haga cargo del correspondiente resguardo. Llévese esa caja y los recortes. No podemos dejarlo aquí porque me imagino que dentro de muy pocos minutos los gorilas volverán y entonces no serán dos.

La joven abrió la valija y guardó los restos del paquete.

Fueron al vestíbulo y Merrill asomó la cabeza con la pistola en la mano asegurándose de que el corredor estaba libre.

Descendieron por la escalera sin armar ruido y pasaron de largo por frente a la habitación del encargado, aprovechando que éste no estaba visible.

Primero salió a la acera Merrill, observando distraídamente hacia todos los puntos, y luego hizo una señal con la cabeza a Jenny.

Poco después, los dos jóvenes abandonaban aquel lugar en el coche de la muchacha, un «Ford» color azul y blanco.

CAPÍTULO V

El puño derecho de Abner Kelly se estrelló contra el maxilar inferior de Joe Crossett, pero éste no se derrumbó porque había dos hombres que lo sujetaban por los brazos.

Crossett estaba hecho ya un guiñapo y no tenía fuerzas para quejarse. Se dobló a un lado y entonces Kelly le pegó con el filo de la mano en la oreja.

El compañero de Joe estaba en el suelo y había sido el primero en recibir el agradecimiento de su jefe por el trabajo que habían realizado en la casa de Jenny Winkler.

Lina Swigart fumaba un cigarrillo sentada en un sillón, con las piernas, cruzadas, sin expresar en el rostro la menor emoción.

—Vas a sudar demasiado, Kelly —comentó.

Abner se revolvió furioso.

—¿Quieres callarte tú, nena?

—Claro que sí, hijo. Me callaré. Sólo lo decía porque me preocupo por ti.

Abner sacó un pañuelo del bolsillo y, después de secarse el sudor de la frente, limpióse también las manos mientras observaba las bonitas pantorrillas de Lina. Finalmente volvió la cabeza.

—Está bien, chicos. Dejadlo.

Los chicos dejaron libre a Joe Crossett, el cual se desplomó de bruces golpeando la cara contra la alfombra.

Kelly echó a andar hacia la mesa y después de rodearla ocupó el sillón, que crujió bajo su peso.

—Malditos bastardos… ¿Qué os parece? Ese Merrill se ha burlado de ellos como si fuesen novatos.

Mahoney y Jensen observaron a los dos fulanos que había en el suelo y luego, Mahoney, alzó los ojos diciendo:

—Déjelo de nuestra cuenta, Abner. Nosotros nos ocuparemos de Merrill.

—No hay tiempo para eso. Hemos de largarnos… ¿Es que no lo habéis oído? El teniente tiene ahora pruebas contra el jefe. Se acabó nuestra racha… Hemos de emigrar.

Alargó el brazo y cogió el auricular. Luego disco un número en el dial.

Oyó a la otra parte la señal de llamada y finalmente descolgaron.

—¿Señor Laighton?

—Sí.

—Aquí Abner Kelly… Siento darle malas noticias.

—¿Qué dice, Kelly?

—Todo se ha perdido.

—Explíquese de una vez.

A continuación, Kelly contó a Laighton lo que él había sabido por boca de Joe Crossett, y luego agregó:

—Así están las cosas, señor Laighton. Ese Merrill nos ganó la partida. Tiene las pruebas que Andro le limpió y, si son tan importantes como usted decía, hemos de marcharnos ahora mismo.

—Usted no se va a mover de ahí, Kelly.

—Creo que no le he oído bien, señor Laighton.

—He dicho que usted se quedará con todos sus hombres en la ciudad.

—Claro que sí, y usted será quien vuele. Yo, naturalmente, tengo que quedarme para cubrirle a usted las espaldas. —Kelly soltó una risita—. Se equivoca, señor Laighton. Admito que usted me ha hecho ganar mucho dinero, pero no me negará que yo también le he correspondido con la misma moneda. Tengo el riñón cubierto y estoy seguro de que usted ha sacado más plata que yo de todo esto. No es que me queje, pero ahora el negocio se ha arruinado y es hora de que empecemos a disfrutar de nuestro trabajo. El tiempo es precioso.

—¿Ya ha terminado?

—Antes de media hora embarcaré con los muchachos en mi yate. Le aconsejo que ponga en práctica la misma idea. Le reservo un camarote, señor Laighton. ¿Sabe que sería una buena oportunidad para que nosotros nos conociésemos? Palabra que

estoy deseando saber quién es usted…

—No he oído mayores estupideces en toda mi vida.

—Buen viaje, señor Laighton.

—Si usted se mueve de ahí, lo detendré.

—¿Cómo?

—No podrá escapar, señor Kelly. Antes de que consiga llegar al yate, una nube de policías caerá sobre usted. Le doy mi palabra de que no será Lou Merrill quien ponga en marcha el Departamento de Policía. Y le voy a agregar otra cosa, Kelly. Si eso llega a ocurrir, usted tendrá tantas pruebas en contra que el fiscal podrá enviarle a la silla por doce veces, si es que tiene doce vidas.

—¿Se ha vuelto loco, señor Laighton?

—No, Kelly. Es usted el que está perdiendo la cabeza. ¿No comprende que si Merrill aporta realmente esas pruebas no habrá escapatoria para usted?

—¿Qué es lo que quiere que haga, entonces?

—Usted se ha asustado demasiado, señor Kelly. Voy a colgar, para hacer una comprobación, y para cuando marque, dentro de media hora, quiero que usted esté ahí. No trate de pasarse de listo, señor Kelly. En este momento, al lado de su yate, en el muelle, hay dos policías de servicio. Sería una lástima que usted me desobedeciese.

—Oiga…

Pero ya Kelly no pudo agregar nada porque oyó que el señor Laighton había colgado desde la otra parte.

Sintióse otra vez cubierto por el sudor y después de dejar el auricular en la horquilla sacó el pañuelo y se enjugó la cara y las manos.

Joe Crossett y el otro matón que habían recibido la paliza, ya se habían enderezado. Mahoney y Jensen los vigilaban atentamente.

Una echó a andar hacia la mesa y se detuvo poniendo un brazo en jarras.

—¿Qué es lo que pasa?

—Cállate.

—Tengo derecho a saberlo.

—Está bien, nena. Nos quedamos.

La rubia hizo una mueca.

—Dijiste que todo había terminado y que íbamos a embarcar en

tu yate, y ha bastado que ese señor Laighton te meta el miedo en el cuerpo para que tú te dispongas a obedecerlo como un perrito.

Kelly se puso en pie y dio una vuelta a la mesa. Se estaba mirando las uñas cuando llegó cerca de la rubia y de pronto le soltó un bofetón con la zurda.

Lina lanzó un grito y trastabilló golpeando las caderas contra un brazo del sillón y cayendo al suelo.

En la estancia reinó un gran silencio.

La rubia hizo un gesto fiero echando hacia atrás el cabello; pero luego, al fijarse en la cara de Kelly, se amansó suavemente. Nunca había visto aquella expresión en el rostro de Abner.

—Sigue protestando, nena… Anda, sigue… Quiero oírte…

Lina comprendió que él no había tenido bastante con los golpes que había asestado a Joe Crossett y a Hondan Syd, y que si le replicaba en mala forma, era muy posible que ella fuese la tercera víctima. Su táctica debía ser otra. Hizo un mohín diciendo como una niña cogida en falta:

—Oh, Abner, no sabía lo que me decía… pero tú tuviste la culpa. Me has hecho creer que realmente estabas en peligro grave y ya sabes que tú eres lo más importante para mí.

Kelly la miró fijamente y ella, con mucho recato, trató de estirarse la falda infructuosamente, porque ésta no daba más de sí. Siempre había estado orgullosa de sus piernas, pero nunca tanto como ahora.

Finalmente se levantó tocándose la cadera, donde había recibido el golpe.

—Me has hecho daño, Abner… Deberías darte cuenta de que eres muy fuerte… y yo soy muy frágil.

Empleaba las palabras justas. Ahora, Kelly desfrunció el ceño y se puso a sonreír.

—Anda, Lina, Prepara dos *whiskys*.

Ella hizo un gesto de asentimiento y se marchó al bar que había en el rincón.

Kelly miró a donde estaban los cuatro matones.

—¿Estás satisfecho, Joe?

Joe se estaba restañando la sangre de la cara.

—Lo siento, jefe. ¿Qué más le puedo decir?

—Buena la habéis armado.

—A Luke y a mí nos gustaría que nos diese otra oportunidad con ese Merrill.

Kelly entrecerró los ojos.

—Quizá la tengáis.

Lina acudió a su lado contoneándose, con un vaso en cada mano. Kelly tomó uno y bebió un trago.

Mahoney no apartaba los ojos de la mujer y sus cejas estaban enarcadas desde hacía rato. Le gustaban las rubias, siempre le habían gustado. Siempre había dicho que una rubia era el supremo animal de la Creación y aquella Lina era de clase extra.

Kelly dijo:

—Voy al cuarto de baño a limpiarme un poco.

Salió del despacho por una puerta que había al fondo.

Lina interpretó la mirada que le dirigía Mahoney y sonrió divertida.

—¿Qué te pasa, grandullón?

Mahoney miró hacia la puerta que Kelly había dejado abierta. Por el hueco llegaban los raídos que producía el jefe mientras se lavaba. Luego miró otra vez a Lina.

—Nada. No me pasa nada.

—Creí que estabas a punto de desmayarte.

Mahoney apretó la lengua contra el lado interior de la boca.

—Nunca me desmayo en público.

En eso sonó el teléfono. Kelly salió del cuarto de baño secándose las manos con una toalla. Luego se la puso alrededor del cuello y alcanzó el auricular.

—¿Sí?…

—Soy yo otra vez —oyó la voz de Laighton, y luego su risa.

—¿Cree que la situación es tan divertida, Laighton?

—Sí, Kelly.

—Trate de contagiarme. Yo también necesito reír un poco.

—Ese Merrill se la pegó, Kelly. Es el mismo demonio.

—¿Qué significa eso de que me la pegó?

—No tiene pruebas.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijo él?

—Deje las ironías, Kelly. Hice algo más positivo que hablar con Merrill, algo que usted debió hacer antes de iniciar la estampida. Investigué en el negocio de mensajería que envió el paquete a la

señorita Winkler. Fue fácil, puesto que usted me habló del muchacho, un tipo con uniforme gris y un águila de latón.

—¿Y qué ha averiguado?

—Merrill en persona les entregó el paquete destinado a Jenny Winkler.

—¡No!

—Sí, Kelly. Es lo que hizo. Merrill sabe utilizar la inteligencia. Pensó que quizá nosotros no habíamos conseguido lo que buscábamos en el apartamiento de Jenny Winkler y nos probó para saber si él estaba en lo cierto. Sus hombres picaron el anzuelo y, de esa forma, Merrill sabe a estas horas que los documentos que iba a darle Andro a cambio de su libertad deben estar en algún lugar de la ciudad.

—¡Por todos los infiernos!… Voy a hacer que Merrill se arrepienta de haber nacido. Pondré un centenar de hombres en su busca.

—No hace falta que lo haga.

—¿Cómo?

—¿Es que no se da cuenta, Kelly? El propio Merrill irá a usted. —Laighton hizo una pausa—. Resulta la mar de sencillo. —Merrill cree que nos tiene asustados. Apuesto a que en estos momentos está gozándola en grande pensando en la conversación que va a sostener con usted. Él no tiene ninguna prueba, pero pretenderá conseguir otras mediante la coacción. Le dirá que él guarda los documentos de Andro y hasta es posible que les ponga un precio, lía puede estar seguro de que le propondrá una cita. Naturalmente, usted aceptará y él acudirá sintiéndose muy seguro porque, supuestamente, él posee unas pruebas que nos comprometen.

—Sí, señor.

—No necesito decirle que, una vez caiga Merrill en su poder, usted tiene que darle el tratamiento adecuado.

—Será una satisfacción, señor Laighton.

—Otra cosa, Kelly. Destaque otro par de hombres cerca de la casa de Jenny Winkler. El paquete no llegó pero es posible que lo envíen. Ahora no podemos permitir que se produzca un solo fallo.

—No se preocupe, señor Laighton —sonrió Kelly—. Todo está en orden.

—Ya le llamaré, Kelly.

Abner colgó después de Laighton y quedóse mirando a la rubia mientras decía:

—Asunto arreglado, dulzura. El viaje a Miami sigue en pie.

CAPÍTULO VI

Merrill puso en marcha el tocadiscos y se sentó en el sillón atrapando el vaso de *whisky* que había sobre la mesa. La habitación era confortable y su decoración muy moderna.

De pronto oyó un ruido a sus espaldas y al volverse vio salir a Jenny del cuarto que le había destinado. La muchacha se cubría con pantalones hasta el tobillo y con una blusa de color rojo cuyos faldones estaban fuera.

Lou sintió repentinamente seca la garganta y bebió un trago de *whisky*.

Jenny miró a su alrededor, preguntando:

—¿Puede pagar esto con su sueldo de policía?

Merrill sonrió.

—Oh, no, pertenece a un amigo que es pintor. Hace un mes se marchó a París a pasar una temporada y me dejó las llaves.

—Ya comprendo. Aquí es donde trae usted sus conquistas femeninas.

Lou meneó la cabeza.

—Es lo que pensé hacer, pero hasta ahora no tuve oportunidad de traer a nadie.

—Es muy modesto, teniente —ella hizo una pausa—. ¿No me va a invitar?

—Perdone —dijo él, y poniéndose en pie se dirigió hacia el mueble bar. Sirvió *whisky* en dos vasos y luego regresó junto a Jenny.

Después de beber, ella preguntó:

—¿Qué va a hacer ahora, Lou?

—Me pondré en contacto con Kelly. Tengo su número de teléfono. ¿Recuerda lo que le dije acerca de la ventaja?

—Sí, pero también creo que se va a meter en un peligroso juego.

Lou dejó el vaso sobre la mesa y sacó un bloc de notas del bolsillo. Lo abrió por una de las hojas y caminó hacia el teléfono que había sobre la repisa de la chimenea.

Discó el número de Kelly y mientras oía la señal observó la bonita figura de Jenny Winkler.

De pronto cogieron el auricular en la otra parte.

—¿Quién es?

—¿Señor Kelly?

—Sí.

—Aquí Lou Merrill.

—Caramba, teniente, me pilla usted de casualidad. Estaba preparando mi viaje.

—¿A dónde se va?

—Al Japón, a la India… Es posible que a algún país de Europa… No lo sé todavía.

—No necesita marcharse, Kelly.

—¿Cómo?

—No voy a hacer el uso que usted cree de las pruebas que han llegado a mí poder.

—¿A quién pretende engañar, teniente?

—Al parecer, usted no conoce las últimas noticias.

He dejado de ser teniente. Las cosas se pusieron mal para mí en el Departamento y presenté mi dimisión antes de que me arrojaran por la ventana.

—No me diga.

—Puede usted comprobarlo cuando quiera.

—Suponga que le creo.

—Me he hartado de ser un buen chico. Al fin me he dado cuenta de que en la vida lo importante es la plata.

—Me asombra usted, señor Merrill. Todos los años entre los de nuestra clase realizamos una curiosa votación. ¿Quién es nuestro enemigo número uno? Ésa es la pregunta que hay que contestar. Resulta la mar de divertido, señor Merrill. Hace dos años, usted reunió el más considerable número de votos.

—¿Y de qué me valió eso? Me estaba jugando la piel y tuve que devolver mi coche a la casa de préstamos cuando dejé de pagar la cuarta cuota.

—Es muy penoso ser honrado. Hay quien lo logra con mucho sacrificio.

—Yo ya me cansé, Kelly.

—Bueno, ¿qué es lo que ofrece?

—Las pruebas, naturalmente.

—Muy bien. Diga el precio.

—Cien mil.

—Usted se ha vuelto loco, Merrill.

—Es bien poca cosa teniendo en cuenta lo que usted gana, Kelly.

—Con cincuenta mil tendría bastante.

—Cien mil o nada.

Lou oyó la respiración agitada de Kelly a la otra parte.

—Está bien, Merrill. Venga acá con esas pruebas y le tendré preparado el dinero.

—¿Cree que voy a ser tan tonto? Usted me tendrá preparado el dinero y yo le diré la forma en que podrá rescatar las pruebas.

—¿Quiere jugármela, Merrill?

—No creo que usted me ofrezca esa oportunidad. Supongo que tomará todas las precauciones para que yo no pueda burlarlo.

—Está bien. Lo esperaré a las diez.

—Corriente, Kelly.

Lou colgó el auricular.

Jenny Winkler lo estaba observando con un mohín de perplejidad.

—¿Por qué hace eso, Lou? Usted no puede ofrecerles nada.

—He tenido que hacerlo para impedir que se larguen. Kelly me conoce y también ha debido de suponer que yo invertiría muy poco tiempo en entregar las pruebas en el Departamento de Policía o al fiscal del Distrito. Ahora, Kelly se quedará en la ciudad.

—Pero usted no irá a verlo.

—Sí, iré. No arriesgo nada. —Merrill se acercó a la muchacha—. Quiero que no se mueva de aquí, Jenny.

—¿Por qué no deja que le acompañe a esa entrevista?

—Sería lo último que haría.

—Usted mismo ha dicho que no existe peligro.

—Me imagino que no lo hay, pero estaré más tranquilo si está a salvo.

—Muy bien, teniente. Me quedaré.

Los dos se miraron fijamente y Merrill sintió un suave escalofrío por la espalda.

Echó a andar hacia la puerta y al pasar junio a la muchacha ella lo llamó.

—Lou…

—Diga, Jenny.

—Quiero presentarle mis excusas por todo lo que he pensado de usted.

Merrill sonrió.

—Estaba en su perfecto derecho, teniendo en cuenta todo lo que leyó y oyó acerca de mí.

Luego, él le cogió una mano y se la apretó suavemente. De nuevo sintió aquel escalofrío. Carraspeó, diciendo:

—Vendré en cuanto pueda, Jenny.

Vio los labios de ella entreabiertos, muy rojos, y de nuevo echó de menos el *whisky*.

Dejó libre la mano de la muchacha y girando rápidamente se encaminó hacia la puerta.

—Ah, Jenny —y volviéndose otra vez—: Voy a utilizar su coche.

Jenny, en mitad de la estancia, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Merrill se dijo que ella estaba maravillosa con aquella indumentaria. Sintió marcharse, pero había quedado citado con Kelly y debía seguir adelante con su plan.

En el camino a la ciudad pensó mucho en Jenny.

En la playa de estacionamiento cercana al club nocturno de Abner Kelly, había muchos coches. Metió el «Ford» en un hueco y, antes de saltar fuera, encendió un cigarrillo.

Apenas hubo pisado el suelo de gravilla, vio dos tipos a la derecha que salían por entre los coches. Ambos fulanos se detuvieron observándolo, e instintivamente, Merrill metió la mano en el bolsillo donde guardaba una de las pistolas.

Luego, los fulanos dieron media vuelta y echaron a andar hacia el club, cuyas luces de neón estaban enfrente.

Merrill también se puso en movimiento leyendo el letrero: «La zapatilla de cristal». Recordaba cómo dos años antes había ido muchas veces por allí porque se había propuesto atrapar a Kelly, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, eso fue algo que no logró.

Luego, al ascender, lo apartaron de la Brigada del Vicio y hubo de dedicarse a otras cosas.

Un conserje galoneado hizo una inclinación con la cabeza a su paso y él le contestó agitando la mano en la que tenía el cigarrillo, porque quería seguir conservando la otra junto a la pistola.

En el local había mucho público pero logró encontrar un taburete en la barra.

Las parejas estaban bailando en la pista, pero de pronto los músicos interrumpieron la interpretación de la pieza y un tipo de «*smoking*» anunció que se iba a presentar ante el selecto público la máxima «estrella» de «La zapatilla de cristal», Lina Swigart.

Apagaron las luces y por un instante todo quedó sumido en las tinieblas. De pronto, un foco de luz verde rasgó la mancha negra yendo a proyectarse sobre una columna. Apoyada en ésta había una mujer rubia de espléndida hermosura que hacía resaltar sus formas con un vestido muy ceñido.

Se había hecho un gran silencio que fue interrumpido por las notas de un piano. La rubia alzó los brazos como si se desperezase de un sueño, dio un suspiro y empezó a cantar. Lo hizo con voz cadenciosa, una voz que sonaba ronca y que parecía estar cargada de todas las promesas.

Lina se movió muy lentamente y casi siempre alrededor de la columna en la cual se apoyaba con mucha frecuencia, y cuando hacía eso su cuerpo se ondulaba atractivamente.

Cuando acabó, la sala estalló en una formidable ovación a la cual ella correspondió inclinando ligeramente la cabeza, una sonrisa en los labios.

Merrill pidió un *whisky* al barman.

Las luces no se encendieron totalmente, sino que el local quedó sumergido en una suave penumbra.

Merrill estaba bebiendo su *whisky* cuando se pronto oyó una voz femenina, a su lado:

—Anda, Peter, dame un *whisky*, estoy sedienta.

Merrill la observó. Era la rubia que acababa de cantar.

—Imagínese cómo estaremos los demás después de lo suyo —dijo.

La joven levantó los ojos y sonrió, diciendo:

—Tenga cuidado.

—¿Con qué?

—Hay un dueño.

—Yo no me atrevería a dejarla exhibirse.

—¿Usted no lo haría?

—Soy un hombre muy primitivo.

Lina aceptó el vaso que Peter le alargaba y bebió un trago sin apartar los ojos de su interlocutor. Luego murmuró:

—Si le digo el nombre del muchacho, usted se cae del taburete.

—Pruebe.

—Abner Kelly.

Lou Merrill sonrió.

—No me he caído.

—Quizá no sepa usted quién es.

—Tengo entendido que el dueño de este bochinche.

—¿Y no le tiemblan las piernas?

—Se me contraen los músculos y se me eriza el vello desde hace un rato, pero no es Abner Kelly el causante de todo eso…

—Gracias.

Merrill sabía perfectamente quién era ella mucho antes de entrar allí. No trabajaba ya en la brigada de Represión del Vicio, pero estaba al corriente de todo lo que se refería a Kelly y sabía que el pandillero bebía los vientos por una muchacha llamada Linda Swigart, a la que acababa de conocer personalmente. Aquella forma de dialogar no correspondía a su carácter, pero sabía interpretar un papel cuando las circunstancias lo requerían, y por su experiencia acumulada, sabía que una mujer podía ser un obstáculo o una tabla de salvación.

—Todavía no conozco su nombre —dijo la rubia.

—Merrill.

Los ojos de Linda empezaron a agrandarse.

—¿Lou Merrill?

—Sí.

La joven echó la cabeza atrás, riendo, y él también la contempló regocijado. Finalmente, Lina dijo:

—Soy muy torpe. Debí suponerlo. He oído muchas cosas de usted, pero no me las creía. Ahora sé que son ciertas.

—Hace mal en creerlo todo. Sólo se debe admitir la mitad.

Ella abanicó las pestañas.

—¿Ha venido aquí para quitarle la novia a Abner Kelly?

—Sería una ocupación muy agradable pero, sinceramente, tengo un negocio pendiente con él.

De pronto, la joven dejó de sonreír recordando lo que le iba a pasar a Merrill.

—Perdone, debo marcharme.

Él alargó la mano y la atrapó por un brazo.

—¿Por qué tanta prisa?

La muchacha dejó el vaso sobre el mostrador.

—He de prepararme para mi siguiente número. Saco otro vestido, ¿sabe?

—¿Tan elocuente como éste?

En ese momento, Lou oyó una voz por detrás:

—Suéltela, Merrill.

Lou siguió apretando suavemente el brazo de Lina mientras giraba la cabeza. Vio a un tipo muy alto de cara ancha y nariz que había sido achatada a fuerza de golpes.

—¿Qué te pasa a ti, Damont?

—Está prohibido tocar.

—Quizá te guste más que te toque a ti, ¿verdad, Damont? Ahora recuerdo que nuestra última pelea fue interrumpida… ¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Dos años?… Sí, fue por aquella época. Creo que estuviste unos cuantos días en el hospital después de pasarte por mis manos.

—Catorce días, Merrill —asintió Damont, sin apenas mover los labios—. Me rompiste tres costillas, el puente de la nariz y el mentón.

—¿Todo eso te hice?… Infiernos, no sabía que hubiera tanta dinamita en mis puños.

—El jefe lo está esperando. ¿Quiere dejar a la muchacha de una vez?

Merrill sintió que la joven se estremecía, y la miró a la cara.

—¿Qué te pasa, Lina?

—Se ve que he pillado frío.

—No es extraño con esa indumentaria —hizo una pausa, agregando—: Aunque a mí me gusta.

Ella le cogió la mano y se la quitó del brazo. Sus ojos no se apartaron de los de él mientras decía:

—Celebro conocerle, señor Merrill.

Luego, la joven se alejó hacia el fondo del local correspondiendo a los saludos que le dirigían los ocupantes de las mesas.

Merrill la siguió con la mirada.

Damont dijo:

—¿Va a venir de una vez, Merrill?

—Sí —repuso Lou, y saltó del taburete.

Empezó a buscarse dinero en los bolsillos, y Damont añadió:

—No se preocupe, la casa lo invita.

—Estás la mar de amable esta noche…

El matón sonrió aviesamente.

—Quizá sea porque ya no pertenece a la Policía.

Merrill lo miró atentamente a la cara tratando de hallar más de un sentido a aquellas palabras.

—Catorce días, ¿eh, Damont?… Pero saliste entero.

—No crea, respiro con un poco de dificultad desde entonces. Esos matasanos no me arreglaron bien la nariz.

—Qué pena.

—No me quejo. Mientras estaba en la cama asistido por las enfermeras, me dije que usted y yo nos volveríamos a ver.

—Infiernos, Damont. Tú lees en una bola de cristal. —Merrill rió, enseñando los dientes—. Estoy a tu disposición.

Los dos se encaminaron hacia el despacho de Abner Kelly.

Damont abrió la puerta y señaló el hueco con la mano.

—Adelante, señor Merrill.

Lou se detuvo otra vez mirándole sonriente y por último hizo un gesto con la cabeza y entró en la habitación.

Y así fue como se metió en la trampa.

CAPÍTULO VII

Abner Kelly estaba sentado tras la mesa.

Uno de los sillones aparecía ocupado por un hombre a quien él conocía, un fulano de cara fea y arrugada, llamado Luke Haycox.

Damont cerró la puerta desde dentro pero se quedó allí, con las manos en los bolsillos. Merrill avanzó hacia la mesa y se detuvo muy cerca, observando fijamente el rostro inexpresivo de Kelly.

—Hola, Abner.

—Hola, Merrill.

—Está bien de aspecto, quizá un poco más gordo.

—Y usted más delgado, Merrill.

—Sugiero que pongamos fin a esta conversación tan interesante.

—Ya está terminada.

—¿Tiene el dinero, Kelly?

—No, todavía no.

—Entonces, ¿cómo piensa recuperar las pruebas?

—¿Dónde están?

Merrill sacudió la cabeza.

—Ése no fue el trato. Usted me da el dinero y luego tendrá lo que le interesa.

Kelly echóse sobre el respaldo de la silla y sus labios sonreían.

—Hace dos años le hice una advertencia. Merrill. ¿La recuerda?

—Soy muy olvidadizo.

—Le dije que no le consentiría entorpeciese mi camino.

—Es lo que hice. No entorpecérselo.

—A la fuerza. Le retiraron de la Brigada de Represión del Vicio y apuesto a que no fue por su voluntad.

—No. Confieso que no fue por mi voluntad.

—Llegó a convertirse en una gran preocupación para mí, Merrill.

Me he tenido que enfrentar con muchos polizontes a lo largo de mi vida y a todos los vencí, pero con usted era distinto.

—Es usted muy amable, Kelly.

—Llegué a admitir que hasta podría vencerme. Por ello, cuando dejó de importunarme porque fue destinado a otro servicio, di un suspiro de alivio. A pesar de todo, Damont me sugirió que acabase con usted, pero yo se lo quité de la cabeza. Imaginé que no lo volvería a ver, a menos que tropezase con usted por la calle.

—Nunca sabe uno lo que puede ocurrir —sonrió Merrill—. Ya ve lo que son las cosas. Han pasado dos años y otra vez estamos juntos como buenos camaradas.

Los ojos de Kelly se entrecerraron.

—Ahora se va a ejecutar la sentencia.

—¿Qué sentencia?

—La que pesa sobre usted.

Los labios de Merrill se distendieron en una sonrisa.

—Imaginé que usted no jugaría limpio y por eso he tomado mis precauciones.

—¿Sí?

—Las pruebas llegarán a su destino si usted intenta cualquier cosa contra mí, Kelly. De modo que abandone toda idea de silenciarme.

Reinó un silencio y luego Abner dijo:

—Usted no puede hacer nada contra mí, Merrill.

Lou sintió un estremecimiento.

—Tengo lo de Andro. ¿O es que no recuerda que se lo arrebaté a sus muchachos?

—Usted no tiene nada, Merrill. Absolutamente nada.

Lou empezó a correr la mano para meterla en el bolsillo donde guardaba la pistola, pero la voz de Kelly, seca, interrumpió su movimiento.

—No haga eso, Merrill. Hay dos pistolas que le están apuntando desde hace un rato y una de ellos de empuña el hombre que juró vengarse de usted.

Merrill apretó los dientes rabioso. De modo que ellos no habían picado el anzuelo. Era él quien estúpidamente se había metido en la ratonera.

Ladeó ligeramente la cabeza y vio al tipo de la cara fea con una

pistola en la diestra.

Damont seguía junto a la puerta con una enorme «Luger» en la zurda.

Kelly rió divertido.

—¿Le gusta la puesta en escena?

Lou lo miró sintiendo que la sangre le empezaba a hervir en las venas. Se dijo que no debía perder la serenidad.

—Eres un estúpido, Kelly —dijo—. Naturalmente que tengo las pruebas. Utilicé el truco de la caja para hacerte saber de algún modo que estaban en mi poder, pero yo ya las tenía conmigo cuando eso ocurrió.

—Cuentos.

—Fue el propio Andro quien me las entregó y te puedo dar algunos detalles.

Poco a poco, Kelly quedó serio.

—No te van a valer de nada tus trucos, Merrill.

—No es ningún truco. Quiero los cien mil y los voy a conseguir. Naturalmente, puedes ordenar a tus muchachos que me baleen, pero ése será tu final.

Quería llevar la duda al ánimo de Kelly. Era el único naipe que él tenía en la mano y ahora lo estaba jugando.

—¿Qué pruebas son ésas? —inquirió el pandillero.

—No sabrás nada hasta que sueltes la pasta.

—Tú eres el que no sabe nada.

—Arriésgate, Kelly. Ordena a Damont que apriete el gatillo y para ti también será el principio del fin.

Kelly empezó a levantarse de la silla.

—¡Maldito seas, Merrill! Andro no te pudo dar eso. Mis hombres te registraron.

—¿Me crees un estúpido, Kelly? Se me pueden echar en cara muchas cosas, menos una: No soy ningún tonto. Cuando fui al apartamento de Andro me imaginé que las cosas se podían complicar y decidí andar con cautela. Llegué fácilmente a un acuerdo con Andro y le di mi palabra de que lo sacaría del país. El entonces me entregó lo que yo quería.

—Tú mismo acabas de cometer un error. Él te las dio, pero cuando mis muchachos llegaron te encontraron con él. No tuviste tiempo para salir y guardar esas supuestas pruebas en alguna parte.

—Claro que no. No tuve tiempo de salir y por eso las guardé allí.

—¿Cómo?

—Ya lo oyes, Kelly. Si tus muchachos hubiesen buscado, las habrían encontrado.

—¿Dónde lo escondiste, Merrill?

—En la pata de un sillón.

Kelly echó a andar rápidamente hacia una puerta y la abrió.

—¡Mahoney, Jensen! ¡Venid aquí!

Lou vio entrar en el despacho a los asesinos de Andro Norse.

Mahoney sonrió mientras se frotaba el mentón.

—Nos volvemos a ver, *poli*.

—No perdí las esperanzas de que eso llegase a ocurrir —repuso Lou.

Kelly señaló a Merrill.

—Dice que no registrasteis bien en el apartamento de Andro y que él guardó en la pata de un sillón lo que buscábamos.

Mahoney dejó de sonreír.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—¿Cómo iba a esconderlo en la pata del sillón delante de Andro? Cuando Jensen y yo entramos él estaba con Andro.

—Dice que suponía lo que podía pasar.

—Es una fábula, jefe. Andro no tuvo tiempo de darle nada.

Kelly se quedó pensativo unos instantes.

—Estoy pensando que en una pata de un sillón se puede esconder muy poca cosa, Merrill.

—Yo opino lo contrario —dijo éste—. Un microfilm cabe en cualquier parte.

Kelly se quedó con los labios entreabiertos mirando al exteniente.

—¿Qué respondéis a eso, muchachos?

—Sigo sin creerlo —contestó Mahoney—. Yo sé lo que le pasa. Se ve atrapado y está tratando de asomar la cabezota por el agua para seguir respirando. Es una nueva estratagema suya, jefe. Déjelo de nuestra cuenta y le daremos su merecido.

Jensen sacó una pistola de la axila.

Merrill lanzó una maldición para sus adentros. Allí había demasiadas armas.

—¿Vas a cometer tu error, Kelly?

Abner se pasó la lengua por los labios.

—Voy a saber enseguida si dice la verdad.

Caminó hacia la mesa y descolgó el auricular marcando un número.

—¿Señor Laighton?

—Sí. ¿Qué pasa, Kelly?

—Lo tenemos aquí.

—¿Sólo me llama para decirme eso? Le he repetido un montón de veces que no me interrumpa innecesariamente.

—Merrill insiste en que tiene las pruebas. Asegura que Andro se las dio antes de que nuestros hombres llegasen al apartamento. Las escondió en la pata de un sillón.

—¿Cómo ha podido creer semejante estupidez?

—Dice que se trata de un micro film.

Hubo un silencio.

—¿Sigue ahí, señor Laighton?

—No creí que ese canalla de Andro hubiese pensado en semejante caso.

—Usted me habló de unos documentos, señor Laighton. Y fue lo que mis hombres buscaron. Si se hubiese referido al microfilm, quizá ellos habrían prestado atención a esa menudencia.

—¿Cuánto dinero pide?

—Cien mil.

—Dele cincuenta y acompáñenlo hasta el lugar donde tiene las pruebas. No lo dejen solo, pase lo que pase. Si intenta algo, tiren a matar. Siempre tendremos tiempo para largarnos.

—Espere un momento. —Kelly cubrió el micro con la mano—. Cincuenta mil, Merrill. Es nuestra última palabra.

—Con una condición, Kelly. Le entregaré a él la prueba.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído, Abner. Me refiero al fulano que está hablando contigo. En caso contrario, no hay nada de lo dicho y ya puedes ordenar mi ejecución.

Abner resopló, y luego habló de nuevo a través del cable.

—Señor Laighton. Quiere verle a usted.

—¿Qué nueva tontería es ésa?

—Dice que sólo se arreglará con usted y que si no acepta esa

condición, ya podemos despacharlo.

—Condenado entrometido…

—¿Qué le contesto? Si dependiese de mí, le llenaría el cuerpo de plomo y empezaríamos a largarnos.

—Está bien, Kelly. Dígale que voy para allá.

—¿Usted… va a venir aquí?

—Sí. Eso es lo que he dicho.

—¿Y cómo lo voy a reconocer?

—De una forma muy sencilla, Kelly. Yo le diré: «Soy el señor Laighton».

Inmediatamente Kelly oyó que colgaban en la otra parte y él lo hizo a continuación. Sus ojos miraron fríamente a Merrill.

—Está bien, Merrill. Se va a presentar aquí.

—Creo que va a ser la más importante reunión a la que he asistido desde hace mucho tiempo.

—Sáquenle las armas, muchachos.

Damont y Jensen echaron a andar hacia Lou, el cual levantó los brazos complaciente.

—Adelante, chicos.

Lo despojaron de las dos pistolas y se apartaron de él.

Mientras tanto Kelly se había preparado una ración de *whisky* y bebió un largo trago.

En aquel instante llamaron a la puerta. Damont abrió la hoja unas pulgadas y miró fuera. Luego volvió la cabeza anunciando:

—Es Lina, señor Kelly.

—Dile que la veré luego. No hay sitio aquí para ella.

Damont transmitió el mensaje y cerró la puerta.

Merrill ocupó un sillón y cruzó las piernas. Los *gangsters* lo estaban observando.

En la estancia reinó un silencio mientras el tiempo se desgranaba lentamente.

Transcurrieron quince minutos y de pronto la puerta por la que habían aparecido Mahoney y Jensen se abrió de golpe.

Todos volvieron la cabeza.

Damont soltó una exclamación al ver entrar en la estancia al capitán Cummings, del Departamento de Policía.

—Dejen las pistolas quietas —anunció Cummings levantando el arma que tenía en la diestra.

Jensen vaciló un instante, pero su «Smith y Wesson» estaba apuntando a Merrill y terminó por abrir la mano dejándola caer al suelo. Lo mismo hizo Damont.

El rostro de Abner Kelly se había tornado blanco. Sus dientes rechinaron mirando a Merrill.

—Así que, todo fue una trampa suya… ¡Maldito sea mil veces!

Lou seguía observando al capitán mientras respondía:

—Es usted un estúpido, Kelly. No se trata de ninguna «*razzia*» policíaca. El capitán Cummings es el hombre que usted estaba esperando. Él es Laighton, el hombre con quien habló antes por teléfono.

CAPÍTULO VIII

Cummings avanzó hacia la mesa deteniéndose muy cerca de Kelly.

—He debido prescindir de usted hace mucho tiempo, Abner. Resulta inconcebible que un solo hombre sea capaz de ponerlo a usted en fuga.

—Lo siento, capitán —dijo Kelly.

—Olvide el tratamiento. Soy el señor Laighton.

—Sí, señor Laighton.

Merrill emitió una risita.

—Ahora comprendo; resulta lógico que usted me sacase de la Brigada de Represión del Vicio cuando justamente estaba a punto de atrapar a Kelly.

Cummings le dirigió una fría mirada.

—En un principio pensé que usted trataba de medrar, Merrill, y por ello lo metí en la Brigada del Vicio, pero luego me di cuenta de que todos sus actos estaban encaminados a servir a la ley.

—Fue una terrible falta, ¿verdad, capitán?

—Sólo le puedo decir que no fue un hombre juicioso.

Hubo otro silencio en la estancia y luego Kelly, dijo:

—¿Quiere que le pague los cincuenta mil dólares por las pruebas, señor Laighton?

Cummings hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Kelly. No vamos a hacer tal cosa. Me ha bastado contemplar de nuevo a Merrill para saber que continúa enfrente de nosotros. Me imagino que lo del dinero es sólo una trampa suya. Lo obligaremos a decir dónde guarda las pruebas si es que están en su poder. Creo recordar que tiene usted aquí un sótano.

—Sí.

—Llévenlo allá y oblíguenlo a hablar. Yo, mientras tanto,

esperaré aquí.

Kelly hizo un gesto afirmativo y miró a Jensen y a Mahoney, los cuales echaron a andar hacia Merrill.

—Anda, sabueso. Mueve las piernas —dijo Jensen.

Merrill se puso en pie sin apartar los ojos de la cara de Cummings. De pronto se lanzó sobre Mahoney, a quien logró golpear en el estómago. Cuando el *gángster* se agachaba le pegó con el filo de la mano en el pómulo.

Damont echó a correr desde la puerta con la pistola levantada.

Lou se lanzó contra él propinándole un testarazo en el vientre.

Damont lanzó un aullido mientras se desplomaba.

Merrill cayó encima del *gángster*, y se echó sobre su muñeca armada, para apoderarse de la pistola.

De pronto algo percutió contra su cráneo. Soltó una maldición mientras tironeaba de la pistola de Damont. Ya la tenía en su mano y empezó a volverse para hacer uso de ella, pero ahora el golpe fue mucho más fuerte y sintió que estaba perdiendo el sentido.

Le invadieron fuertes náuseas y finalmente se sumió en el vacío.

Cuando volvió en sí, encontróse tendido en un montón de paja. Sus manos y sus tobillos estaban sujetos con alambres. Sintió un gran dolor en las muñecas y vio que aquellos bastardos no habían puesto mucho cuidado al trabarlo porque el alambre había cortado su carne y la sangre había manado en abundancia.

La luz de una bombilla le hirió en los ojos. Alzó éstos poco a poco, entrecerrándolos, y finalmente pudo ver a Jensen y a Mahoney. Estaban de pie, frente a él, mirándolo.

—Ya puedes hablar —dijo Mahoney—. Anda, teniente. Dinos lo que queremos. ¿Dónde está lo que le largó Andro?

Merrill guardó silencio.

—¿Te has comido la lengua, teniente? —insistió Mahoney—. Eso sería una verdadera lástima.

Se acercó a Merrill y de pronto le disparó un patadón al hígado.

Lou se encogió para burlar el golpe y la puntera del zapato le alcanzó en la cadera.

Mahoney también avanzó sobre él.

—Empieza, teniente. No seas pesado.

Merrill giró bruscamente y logró golpear con sus piernas en las pantorrillas de Jensen, el cual soltó un aullido perdiendo el

equilibrio.

Lou trató de alcanzarlo otra vez, pero en aquel instante Mahoney le clavó el tacón en el estómago.

—Eres muy bravo, teniente, pero con eso sólo vas a conseguir que empeoren las cosas para ti.

Jensen se puso de rodillas, la cara surcada por una mueca de crueldad.

—Yo soy el que lo va a arreglar.

Descargó un puñetazo en el pómulo de Merrill y luego otro en la boca.

Lou rodó contra la pared, a punto de perder otra vez el sentido.

Peleó con aquellos dos hombres a pesar de que no podía valerse libremente de sus piernas y de sus brazos. Los golpeó como pudo pero por cada blanco que hacía ellos lograban diez.

Por último fue insensible al dolor.

Oyó que una puerta se abría y luego una voz preguntó:

—¿Ya ha confesado?

Era Abner Kelly.

—No, jefe —contestó Mahoney—. Es un tipo pesado.

—Demonios, lo habéis convertido en pulpa.

Merrill abrió los ojos y vio sonreír a Kelly.

—Vamos, Merrill, ¿por qué infiernos no has de decirnos dónde tienes lo que te dio Andro?… En cuanto nos lo hayas soltado, tomarás una ducha caliente y te sentirás como nuevo. Luego uno de los muchachos te llevará a la cama. ¿Sabes lo que significa poder descansar tranquilamente a pierna suelta?

Lou se enjuagó la boca y soltó un escupitajo de saliva y sangre.

No lo hizo con mucha fuerza, pero Kelly retrocedió para no ser alcanzado.

—Está bien, Merrill. Quieres ser un héroe. No te preocupes. Si en eso encuentras un placer, nosotros te lo vamos a proporcionar en grande, Seguid, muchachos.

Kelly subió por la escalera abandonando el sótano y poco después entraba de nuevo en su despacho.

El capitán Cummings estaba sentado en un sillón y alzó el rostro.

—¿Ha hablado?

—No, señor Laighton. Merrill está dispuesto a que no le dejemos

un solo hueso sano.

—Maldito estúpido…

Kelly dio unos pasos por la estancia. Finalmente se detuvo mirando a su visitante.

—Hay una cosa que no comprendo. ¿De qué forma se informó Andro de que usted era el jefe?

—Por él mismo nunca se hubiera enterado de nada. Fue una mujer. Se llamaba Dinah Mach. Yo le daba todo lo que ella quería y se había ganado mi confianza. Los hombres, a veces nos comportamos como unos estúpidos. Yo necesitaba que alguien supiese lo grande que soy y se lo conté todo a Dinah… De pronto un día me di cuenta de que me estaba engañando. Había otro hombre en su vida. Y resultó ser Andro Norse. Yo guardaba en el apartamento da Dinah algunos documentos importantes. Estaban relacionados con el negocio. Las entradas y salidas de morfina, el precio que pagábamos, los nombres de nuestros distribuidores, la ubicación de nuestras casas de apuestas, relación de todos los empleados…

Kelly escuchaba asombrado.

—¿Fue eso lo que se llevó Andro?

—Sí. Naturalmente Andro y Dinah pensaban extorsionarme desde algún otro país. Les habría bastado amenazarme con enviar las pruebas por correo para que yo les hubiera enviado el dinero que me hubiesen pedido. Me di cuenta de lo que pasaba pero perdí un poco la cabeza. Tenía que haber esperado a que él y ella se reuniesen. Acusé a Dinah de lo que había hecho. Ella se me rió en la cara diciéndome que me había soportado durante todo aquel tiempo. Me cegué…

Cummings guardó un silencio.

—La golpeé con un cenicero y ella quedó muerta en el acto… Cuando me di cuenta de lo que había ocurrido saqué el cadáver de la casa y lo llevé lejos de la ciudad, en el portaequipajes del coche. Luego lo enterré y regresé al apartamento de Dinah.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace tres días.

—¿Acaso Andro sospechó lo que había ocurrido?

—Debió de llegarse al apartamento mientras yo enterraba el cadáver de Dinah. No me di cuenta de que en el suelo había una

mancha de sangre. Indudablemente Andro la vio y sacó sus propias conclusiones. En un principio pensé buscarlo yo mismo, porque me encontré acorralado, pero luego llegué a la conclusión de que me estaba inquietando por un peligro que todavía no era inminente. Andro sabía quién era yo. ¿Qué iba a ganar él con acusarme si yo podía ser un estupendo filón? Estaba claro como el agua. Si él y Dinah pensaban huir de los Estados Unidos, ahora Andro haría el viaje solo. Todo consistía en vigilar las salidas de la ciudad para impedirle la fuga. Utilicé los propios medios que ponía a mi disposición el Departamento y me puse en contacto con usted para que fuesen a la caza del muchacho. No le concreté lo que pasaba porque imaginé que si le decía toda la verdad, usted sería presa del pánico.

—Bueno, por fortuna aún hemos podido llegar a tiempo.

Levantóse Cummings.

—He de pasar por mi oficina. No trate de llamarme. Ya me pondré en contacto con usted.

—Sí, señor Laighton.

—Y tenga cuidado con Merrill.

—Descuide, señor Laighton. Su antiguo subordinado no está en condiciones de dar un solo paso. Le podríamos quitar los alambres que lo mantienen prisionero y se caería redondo en el suelo.

Cummings emitió un gruñido y salió del despacho por el mismo camino que había entrado.

CAPÍTULO IX

Jenny Winkler recordó de pronto que su más íntima amiga, Nelly Breston, compañera suya en la casa en la que trabajaba, no sabía nada de su cambio de domicilio y justamente habían quedado en que Nelly la llamaría aquella noche.

Descolgó el auricular y mareó el número.

Reconoció enseguida la voz de Nelly.

—Soy Jenny.

—Precisamente he llamado tres veces a tu casa, Jenny.

—Tuve que salir aprisa… Es un poco largo de contar, pero espero poderlo hacer muy pronto.

—¿No estás en dificultades, Jenny?

Jenny pensó en Merrill y se dijo que ésa era una atractiva dificultad.

—No, creo que no —sonrió.

—Lo celebro. A propósito, Jenny, ha ocurrido algo extraño.

—¿El qué?

—Llegó un paquete a mi nombre y cuando le quité la primera envoltura me encontré con que había otra con tu dirección. Me estoy calentando la cabeza preguntándome quién ha podido hacer una cosa así.

Jenny sintió un estremecimiento. Entonces recordó que la primera vez que Andro fue a su apartamento estaba allí Nelly. Ella los había presentado y luego él las invitó a ir al cine y a la salida acompañaron a Nelly a su casa.

Interrumpió su pensamiento al oír la voz de Nelly.

—¿Qué te pasa, Jenny? ¿Te has quedado muda de pronto?

—Oye, querida. Voy a ir ahora mismo a tu casa.

—¿Sabes que es muy tarde?

—Ése paquete me interesa mucho y no puedo esperar a mañana para recogerlo.

—Está bien. Me iba a acostar ya, pero te esperaré levantada.

Jenny colgó. Estaba realmente emocionada después de aquella conversación.

Fue al dormitorio que Lou le había destinado y cogiendo un abrigo se lo puso a la carrera. Luego abandonó la casa.

Por fortuna en la parada de taxis había uno a la espera de un cliente.

Dio al conductor la dirección de Nelly y veinte minutos después llegaba a su destino. Le dijo al chofer que esperase.

Nelly le abrió la puerta.

—¿Dónde está ese paquete? —preguntó Jenny introduciéndose.

—Oye, ¿y decías que no te pasaba nada? —repuso Nelly, una pelirroja de cara simpática.

—No sabes lo importante que va a ser para mí. Por favor, dámelo, no despedí al taxi.

—Está bien, muchacha complicada. Ahora mismo te lo doy —se dirigió hacia una puerta mientras proseguía hablando—. ¿Es un collar de perlas que te envía algún admirador?

—Mejor que eso, Nelly.

—Un abrigo de visón no cabe en una caja tan pequeña.

La pelirroja regresó trayendo una caja plana del mismo tamaño que las que se utilizan para el papel carbón.

Jenny la cogió con mano temblorosa.

—Bueno, ¿no la vas a abrir? —Oyó que le preguntaba Nelly.

—Perdona. Ya te he dicho que tengo mucha prisa. Nos veremos mañana. Y gracias por todo lo que has hecho. Eres la mejor amiga que he tenido.

Nelly frunció el ceño mientras se pellizcaba la barbilla.

—No lo comprendo… Palabra que no lo comprendo… Yo sólo he hablado así una vez, cuando me enamoré de un tipo que casi medía dos metros —emitió un cómico suspiro—. Lo malo es que él se fue a la Marina y todavía no ha vuelto.

Jenny sonriendo la besó en la mejilla. Seguidamente dio media vuelta y echó a correr.

De nuevo en el taxi apretó la caja contra su pecho mientras indicaba al conductor la dirección del precinto donde había visto

por primera vez a Lou Merrill.

* * *

El sargento Sheridan Anes sacudió la cabeza, mirando a Bert Whitmore.

—No, teniente —dijo—. No creo que Lou matase a Andro Norse.

—Usted siempre ha tenido mucha confianza en él, sargento.

—Sí, confieso que ha sido así; pero usted debería hacerse una pregunta, teniente.

—¿Qué pregunta?

—Si Lou disparó contra Andro, ¿por qué no lo confesó de buenas a primeras? ¿Qué perdía con eso? Al fin y al cabo, todos sabemos quién era Andro, un tipo al servicio de Abner Kelly.

—¿Olvida que Andro no llevaba un arma encima?

—¿Y usted admite eso, teniente? He tropezado media docena de veces con Andro y le puedo garantizar que siempre llevaba la pistola en la sobaquera. ¿Es que no recuerda en qué se ocupaba él? Cobraba a los prestatarios de Abner Kelly y usted sabe que en ese oficio es frecuente encontrarse con un cliente con malas pulgas. Andro tenía que llevar la pistola encima para coaccionar a los recalcitrantes. Sin embargo, el arma no le fue encontrada. Ni siquiera tenía la funda.

Un fruncimiento apareció entre las dos cejas de Whitmore.

—Bueno, sargento, ¿por qué no se lo dice al capitán Cummings o al Comisionado?

—El Comisionado tiene una buena opinión de usted, Whitmore.

—Ya. Y usted quiere que yo sea el que le lave la cara.

El sargento se rascó el cogote.

—Soy de la opinión de que los compañeros están para algo. Sé que usted y Merrill no se llevaban muy bien aunque a veces me pregunto qué es lo que ha podido ocurrir entre ustedes.

—Nada, sargento. No ha ocurrido absolutamente nada. A veces sentimos antipatía natural por una persona. Es lo único que me ha ocurrido con Merrill y él no hizo nada por mejorar las cosas.

—¿Y usted, teniente?

Whitmore miró otra vez los ojos del sargento observando en ellos una lucecilla de ironía.

Sheridan añadió:
—Sólo puedo decirle una cosa, teniente Whitmore. A mí tampoco me resultó muy agradable al principio ese Merrill y traté de ignorarlo hasta que me di cuenta de que la opinión que tenía de él no estaba sustentada en nada sólido. Traté de conocerlo un poco mejor y supe enseguida que yo había sido injusto.
Whitmore sacudió la cabeza.
—Hablaré con el Comisionado.
—Gracias, teniente. —El sargento dio un suspiro agitando la mano donde tenía unos cuantos papeles—. He de consultar una carpeta de hace treinta años. ¿Cuándo demonios trasladarán esa parte del archivo al lugar adecuado?…
Dio unos pasos y tiró de una puerta rezongando mientras desaparecía:
—Esto es una auténtica cueva.
Whitmore pensó unos instantes en el diálogo que acababa de sostener con el sargento. De pronto oyó una voz a sus espaldas.
—¡Teniente Whitmore!
Se volvió contemplando a Jenny Winkler.
—¿Cómo está, señorita Winkler?
La joven le sonrió mientras apartaba de su pecho un paquete rectangular.
—Es preciso que encontremos cuanto antes a Lou Merrill.
Whitmore quedó un poco sorprendido. ¿Qué les pasaba a todos con Merrill? Primero el sargento y ahora la señorita Winkler, la propia hermana del hombre que supuestamente Lou había matado.
—¿Por qué, señorita Winkler? ¿Por qué hemos de encontrar a Lou?
En aquel instante oyeron una voz:
—Buenas noches, señorita Winkler.
La joven se volvió observando la cara del capitán Cummings que había llegado silenciosamente hasta ellos.
—Hola, capitán Cummings —exclamó la joven—. Cuánto me alegro de que esté aquí.
Cummings miró el rostro de la joven y luego el paquete que ella sostenía con las manos.
—Por favor, señorita Winkler, ¿quiere venir a mi despacho?…
La joven echó a andar siguiendo al capitán y de pronto éste se

detuvo al ver que el teniente iba tras ellos.

—Espere ahí, Whitmore. Seguramente nos hará falta.

Luego Cummings abrió la puerta de su despacho, dejando que la señorita Winkler le precediese.

Cummings ocupó su sillón dando un suspiro.

—Por favor, siéntese, señorita Winkler.

—Oh, hemos de darnos mucha prisa, capitán Cummings —dijo ella quedando de pie.

—Mucha prisa, ¿para qué? —preguntó Cummings observando el intercomunicador para cerciorarse de que todos los circuitos estaban cerrados.

—El teniente Merrill es inocente, capitán.

Cummings entrecerró los ojos.

—Siempre he pensado que las cosas, entre el teniente y su hermano, habían ocurrido como Merrill dijo.

—Eso le honra, capitán, pero usted sabe que desgraciadamente otros no han pensado así.

—Sí, algún periodista exaltado y gentes que aprovechan cualquier oportunidad para provocar el sensacionalismo. Es un mal de nuestra época, señorita Winkler.

—Ahora yo tengo en mi poder algo que hará que se callen.

—¿Qué es ello, señorita Winkler?

—Lou Merrill estaba en lo cierto. Mi hermano poseía las pruebas condenatorias contra la organización de Abner Kelly.

Cummings tenía la garganta reseca. Mientras dialogaba con la señorita Winkler, se preguntaba qué había ocurrido para que de pronto, apenas Merrill se mezcló otra vez en su negocio, todo empezase a bambolearse. Pero se juró a sí mismo que nada haría cambiar las cosas. Lo sentía por la señorita Winkler quien le estaba alargando ahora por encima de la mesa aquella caja rectangular.

—¿Qué es esto, señorita Winkler?

—Mi hermano me la envió, pero estaba convencido de que a él le podría ocurrir algo y lo hizo llegar por un intermediario, una amiga mía que él también conocía.

—Comprendo —los ojos de Cummings se fijaron en los de Jenny —. Nos presta usted un inestimable servicio, señorita Winkler.

—Sólo quiero que Merrill… —La joven se interrumpió al darse cuenta que estaba hablando con excesivo entusiasmo.

—Usted sólo desea que resplandezca la verdad —la ayudó Cummings.

—Sí, capitán… Pero le ruego que vayamos cuanto antes en busca del teniente Merrill.

—Lo malo es que no sabemos dónde está.

—Yo sí lo sé, capitán.

—¿Usted…? ¿Dónde?

—Concertó una cita con Abner Kelly para esta noche.

—¿Se lo dijo él mismo?

—Oí como Merrill telefoneaba a Kelly… Lou me llevó a la casa de un amigo suyo. No quería que me quedase en mi apartamento porque supuso, con razón, que la pandilla de Kelly no me dejaría en paz hasta que hubiesen recuperado lo que Andro les había quitado.

—Muy bien, señorita Winkler, vamos a ir allá enseguida.

—Tendrán que hacer un allanamiento.

—Naturalmente, señorita Winkler. Ahora mismo voy a dar las órdenes oportunas.

Cummings dirigió una mano hacia el intercomunicador. Bajó la pequeña palanca que en otro tiempo había establecido conexión con una dependencia del Departamento que ahora no se utilizaba.

—Atención, teniente Whitmore… Prepare tres coches. Acuda con una docena de hombres al local de Abner Kelly «La zapatilla de cristal». Vayan todos armados… Tengo la sospecha de que se encuentra allí Lou Merrill, al que vamos a libertar. Dese prisa, teniente. Yo iré delante con la señorita Winkler.

—Gracias, capitán. Participaré con mucho gusto en ese allanamiento.

Cummings se puso bajo el brazo el paquete que Jenny le había entregado.

La muchacha echó a andar hacia la puerta por la que antes entraran y Cummings dijo rápidamente:

—Por favor, señorita Winkler, venga por aquí. Llegaremos antes al callejón donde tengo mi coche.

Jenny, siempre sonriente, recorrió un lóbrego pasillo. Cummings iba detrás de ella, los ojos muy brillantes. Bien; después de todo no había nada que no se pudiera arreglar. Claro que, ahora serían dos las personas a matar pero él no se iba a detener por ello. Le había costado mucho esfuerzo construir aquel edificio del que estaba

sacando tan buen provecho y por nada del mundo iba a consentir que Lou Merrill y aquella muchacha se lo echasen abajo.

Capítulo X

El rubio Jensen se limpió el sudor de la cara con un pañuelo mientras observaba atentamente el cuerpo inmóvil de Lou Merrill.

Mahoney fumaba un cigarrillo apoyado en la pared. También parecía cansado y su respiración era agitada.

Jensen dijo:

—No he conocido en mi vida un tipo tan cabezota como éste.

—Se dejará matar antes de decir una palabra.

—Peor para él.

—Ya no podrá aguantar mucho. Está en las últimas.

Merrill se empezó a mover sacudiendo la cabeza de un lado a otro. La sangre le resbalaba por un corte que tenía en la ceja. Sentía los labios hinchados. Era como si en su cabeza se hubiese metido un enano loco que con un martillo le estuviese golpeando la bóveda craneana. A través de una nube blanca observó la cara sonriente de Jensen, dirigiéndose a él:

—Está bien, teniente. Ya descansaste un par de minutos. Ahora volveremos a empezar.

Lou decidió que no lo soportaría otra vez. Si aquellos tipos le ponían las manos encima, allá acabaría su historia.

—Hablaré —se oyó decir.

Ninguno de los dos matones esperaba aquella respuesta.

Mahoney se apartó de la pared quitándose el cigarrillo de los labios.

—¿Has oído lo mismo que yo, Jensen?

—Sí, muchacho. Lo he oído. Ha dicho que hablará.

—Bueno, bueno, bueno —repitió Mahoney sonriendo—. Después de todo, el flamante teniente está hecho del mismo barro que los demás.

Lou se irguió unas pulgadas y logró apoyar la cabeza en la pared.

—Quiero beber un poco de agua.

Jensen hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, muchacho. No habrá agua hasta que tengamos lo que queremos. Tú a mí no me la pegas. ¿Dónde está lo que te dio Andro?

Merrill no vaciló en decirlo porque ya lo tenía pensado.

—Muelle veintisiete.

El muelle veintisiete había sido abandonado un año atrás. Por allí sólo pululaban ahora las raías y algunos vagabundos. El Ayuntamiento había votado la destrucción de los tinglados pero no se daban mucha prisa en llevar a cabo la tarea y, si se demoraban un poco más de tiempo, el muelle veintisiete se derrumbaría solo.

Mahoney sacudió la cabeza.

—¿En qué lugar del muelle veintisiete?

—He de ir con vosotros.

—¿Por qué? No tienes que molestarte. Dinos dónde está la mercancía y uno de nosotros irá a recogerla.

—No la encontraréis nunca. Es un microfilm y lo metí en una grieta.

—Está bien —decidió Mahoney—. Te llevaremos con nosotros. —Y dirigiéndose a Jensen—: Llégate arriba y díselo a Kelly.

Jensen titubeó unos instantes pero por último echó a andar y subió por la escalera.

Merrill se dijo que era una lástima que tuviese las manos y los pies trabados. De haber estado libre, a pesar de su inferioridad física, habría dado cuenta de Mahoney. Pero los alambres seguían cortando su carne al menor movimiento.

Mahoney continuó fumando el cigarrillo.

Kelly bajó por la escalera seguido de Jensen y Damont. Se detuvo frente a Lou.

—Me han dicho que has confesado.

—Sí.

—Es una trampa, ¿verdad, teniente? Quieres demorar tu final.

—¿Qué iba a ganar con ello? Me he dado cuenta de que de todas formas vosotros acabaréis conmigo. Supongo que después de tener lo que buscáis me haréis el favor de pegarme un tiro.

Kelly soltó una risita.

—Sí, es posible que lo hagamos —se volvió hacia sus hombres —: De acuerdo, muchachos. Iréis los tres con él.

Merrill dijo:

—Quitadme los alambres.

—No, muchacho —contestó Kelly—. Vas a seguir así.

—No tengo armas y estoy agotado. ¿Qué peligro puedo ser para ellos tres? Mis muñecas son una llaga y continuamente están rozando con el alambre.

—Lo podrás resistir, teniente. Vamos, muchachos, ponerlo en pie de una vez. Jensen y Damont incorporaron a Merrill, pero, cuando lo dejaron libre el expolicía estuvo a punto de caer.

Kelly lo miró y dijo:

—Sólo le quitaréis los alambres de los tobillos, porque de lo contrario no podrá andar, pero vigiladlo bien.

Fue Damont quien se agachó a los pies de Lou para quitarle los alambres pero antes de ello cogió los dos extremos del metal y apretó con todas sus fuerzas. Merrill hizo rechinar los dientes bajo la impresión de que sus huesos iban a restallar de un momento a otro. Luego la presión lacerante se suavizó y por último Damont le quitó el alambre y se alzó mirándolo a los ojos.



Le pegó con el filo del la mano en el pómulo.

—¿Te ocurre algo, teniente? Perdona si te he hecho daño, siempre he sido muy torpe.

Merrill sintió la tentación de con la cabeza golpearle en la cara, pero en última instancia decidió que ahora debía estarse quieto. Se le presentaba la oportunidad de recuperar energías hasta que llegasen al muelle veintisiete. Naturalmente, no serviría para nada pero siempre sería mejor que llegar allá inconsciente.

Kelly advirtió:

—No quitarle ojo de encima. Este tipo se las sabe todas.

Jensen hizo una mueca.

—Me gustaría que intentase algo. Palabra que me gustaría.

Mahoney abrió una puerta que había al fondo.

—Vamos, muchachos. Se está haciendo demasiado tarde y no me gusta trasnochar.

Damont cogió a Merrill por el brazo y lo empujó hacia la salida.

Lou dio un traspiés y se derrumbó de bruces en el suelo.

Oyó la risa de los *gangsters* mientras se incorporaba trabajosamente.

Lamentóse Damont:

—Le pegasteis demasiado fuerte. ¿Qué es lo que habéis dejado para mí?

Los otros dos rieron mientras Lou caminaba hacia donde estaba Mahoney.

Cruzaron un corredor que una bombilla iluminaba en su parte central. Luego subieron por una escalera. Finalmente Mahoney abrió una puerta.

Salieron a un callejón muy obscuro. Merrill vio brillar la carrocería de un coche. Le hicieron ocupar el asiento trasero y Jensen y Damont se colocaron a su lado, encargándose Mahoney del volante.

Seguidamente, iniciaron el viaje.

Merrill apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos haciendo esfuerzos por recordar todo lo que quedaba en el muelle veintisiete.

Llegaron allá en media hora y Mahoney frenó el coche.

—¿Dónde es, Merrill?

—En la choza que hay unos doscientos metros más adelante.

Mahoney hizo avanzar de nuevo el «sedán». De vez en cuando el vehículo pegaba un salto porque en el suelo había pequeños cráteres.

Por último los faros iluminaron la cabaña a que Merrill se había referido. Estaba delante de un gran, cobertizo en cuyo techo se veían muchos claros.

Mahoney frenó y saltó fuera. Merrill se preparó para embestir a Jensen cuando éste descendiese, pero Damont le apoyó el cañón de la pistola en la espalda.

—¿Te encuentras mejor, teniente?

Lou soltó una maldición para sus adentros y saltó fuera tras de

Jensen.

Mahoney tenía una linterna sorda en la mano e hizo una señal con ella para que todos avanzasen en su seguimiento.

La choza conservaba la puerta en su lugar y estaba cerrada.

Mahoney le descargó un patadón y la hoja crujió saltando la cerradura.

Al instante algo corrió por el centro, una rata que escapó por un agujero.

Mahoney esparció el haz de luz de su linterna por la estancia y luego volvió la cara hacia Merrill.

—¿Dónde está, teniente?

—En la tercera grieta que hay en el suelo a contar desde el rincón de la izquierda.

Mahoney fue allá y alumbró el lugar que el policía le había indicado.

Lou inspiró profundamente. De un momento a otro descubrirían la superchería y entonces habría llegado su última hora. Estaba seguro que no le darían otra ocasión para engañarlos. Pensó que al menos podría partir el cuello de alguien y eligió a Jensen porque él era uno de los hombres que había asesinado a Andro Norse.

Preparábase para saltar sobre éste cuando oyó la voz de Mahoney:

—El agujero es muy grande. Lo dejaste caer abajo, ¿eh, teniente?

—Naturalmente, eso es lo que hice.

—Ven acá, Jensen, y alúmbrame con la linterna.

—¿Es que no puedes hacerlo solo?

—He de agrandar el agujero y meter el brazo. Creo que será suficiente para llegar al fondo.

—Pero ¿ves algo?

—Sí, ahí veo una lata de conservas.

Merrill dijo rápidamente:

—Dentro de ella está el microfilm.

Jensen emitió un gruñido.

—Eres un tipo muy guardador, teniente.

Mahoney rezongó:

—¿Vas a venir de una vez, Jensen?

Jensen, el rubio, jugueteó con la pistola mientras observaba

fijamente el rostro de Lou. Finalmente echó a andar hacia donde se encontraba Mahoney. Éste le entregó la linterna y luego se puso de rodillas en el suelo.

Damont se apartó de Merrill yendo a detenerse junto a la pared.

Mahoney tiró de un listón haciéndolo crujir.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Me he arañado.

Jensen soltó una risita.

—No te desangrarás. Anda, continúa. Tengo ganas de marcharme de aquí.

Mahoney se envolvió la diestra con el pañuelo mientras soltaba una retahíla de imprecaciones. Cogió otro listón y empezó a tirar de él haciendo un gran esfuerzo.

—No puedo. Está demasiado duro.

—Lo que te pasa a ti es que gastaste todas tus energías con el teniente —dijo Jensen.

—Entre los dos lo haremos mejor.

Jensen volvió la cabeza mirando a Damont y a Lou, quien había hundido la cabeza en el pecho, como si estuviese deshecho.

Luego apoyó la linterna sobre el alféizar de una ventana que estaba detrás, colocándola en forma que alumbrase el agujero donde Mahoney estaba trabajando. Dejó la pistola al lado.

Se puso en cuclillas y atrapó la madera que su compañero sostenía.

Lou se dijo que éste era el momento.

Saltó sobre Damont golpeándolo con las dos manos trabadas en la zurda.

Damont soltó un grito mientras dejaba caer el arma.

Merrill ejecutó el segundo movimiento. Proyectó su pie derecho contra el vientre de Damont. El matón lanzó otro aullido y se desplomó.

Jensen y Mahoney habían vuelto la cabeza al primer grito de Damont. El rubio lanzó una maldición dejando libre la madera que sujetaba. Ésta salió lanzada como una ballesta aprisionando la mano de Mahoney, quien chilló dejándose caer en el suelo para que su brazo no se partiese.

Jensen levantóse de un salto y corrió hacia donde había dejado la pistola junto a la linterna. Merrill no se entretuvo en buscar el arma que había abandonado Damont porque aquella zona estaba

sumida en la oscuridad y Jensen se estaba dando mucha prisa.

Echó a correr cuando el rubio se volvía con la pistola en la mano y lanzóse sobre él.

Pensó que no llegaría a tiempo de evitar el disparo.

Pero se equivocó. Su cuerpo golpeó contra el de Jensen y ambos se vinieron abajo.

Lou se había agotado. Aquella pelea no podía durar o Jensen acabaría con él.

La suerte estuvo de su lado porque logró quedar encima. Jensen empezó a volver la pistola, pero entonces Lou le descargó en el rostro las dos manos.

Mahoney seguía aullando mientras tironeaba del brazo para sacarlo del cepo y al fin lo consiguió.

Lou cogió la pistola de Jensen y apuntó con ella a Mahoney.

—No intentes nada, Mahoney, o te baleo sin compasión.

Mahoney se asió el brazo aprisionado.

—Maldito sea, teniente. Nos la ha jugado bien.

—Acércate, Mahoney. Has de quitarme los alambres. El cañón de la pistola te estará apuntando al estómago y al menor movimiento te juro que apretaré el gatillo… Vamos, date prisa.

Mahoney se arrastró sobre las rodillas deteniéndose junto a Merrill.

—No puedo librarle del alambre, teniente. Tengo el brazo partido.

—No, Mahoney. No tienes el brazo partido, yo lo sé. Empieza a hacer tu trabajo antes de que me ponga nervioso… Si veo que Jensen y Damont recobran el conocimiento, habrá llegado tu último segundo. Dispararé sobre ti si no estoy libre.

Mahoney parpadeó observando a sus compañeros. De pronto sintió miedo y sus dedos se movieron con mucha rapidez.

Lou separó al fin las muñecas cuando el alambre quedó en el suelo pero entonces Mahoney se arrojó sobre él.

La pistola se disparó, no porque Merrill hubiese tenido la intención de hacerlo, sino porque el peso del *gángster* hizo presión sobre su mano.

Mahoney se derrumbó y miróse el agujero que había aparecido en su pecho. Fue a decir algo pero le sobrevino un golpe de tos y su boca se manchó de sangre. Emitió un extraño ronquido y rodó por

el suelo hasta que finalmente quedó inmóvil.

Lou no se entretuvo mucho tiempo. Cogió el alambre que le había estado aprisionando y trabó las muñecas de Jensen. Mientras, el rubio volvió en sí y sus ojos llamearon cargados de furia al ver lo que estaba ocurriendo.

—¿Y Mahoney?

—Ha pasado a mejor vida, pero no te preocupes. Tú también llevarás lo tuyo.

Damont empezó a incorporarse y Lou le apuntó con la pistola.

—Será mejor que te portes como un buen chico, Damont.

Éste se masajeo, el vientre.

—Me ha roto las tripas, teniente. Debo ir a un hospital o me moriré.

—Si las tuvieses rotas, ya te habrías muerto; pero estoy de acuerdo en llevarte al hospital… Después que haya zanjado cuentas con ciertas personas.

CAPÍTULO XI

Abner Kelly estaba en su despacho en compañía de Luke Haycox cuando la puerta de la izquierda se abrió dando paso al capitán Cummings, quien iba acompañado por una joven a quien Abner no conocía.

Cummings se detuvo junto a la mesa y Kelly vio que en sus labios florecía una sonrisa. Entonces observó el pequeño paquete alargado que el capitán tenía debajo del brazo. Finalmente dedicó la última mirada a la joven.

—Es la señorita Winkler. Jenny Winkler —dijo Cummings.

Jenny había empezado a fruncir el entrecejo porque aquella manera con que Cummings se había presentado en el despacho le parecía un poco extraña.

—¿Continúa Merrill con vida? —preguntó el capitán.

—Sí. Al menos lo estaba cuando se marchó con los muchachos.

—¿Se marchó?…

—Sí, al fin confesó dónde guardaba el microfilm.

Jenny Winkler estaba desorbitando los ojos.

—¡Capitán Cummings!…

Éste se volvió hacia ella.

—Serénese, señorita Winkler.

—¡Usted!… ¡Usted está de acuerdo con ellos!…

Cummings giró otra vez hacia Kelly ignorando a la joven.

—Usted es un estúpido, Kelly.

—No se exceda, capitán —exclamó Abner.

—No hay tal microfilm. Merrill jamás tuvo en su poder los documentos que me robó Andro. Están aquí. —Cummings dejó caer la caja sobre la mesa.

Jenny Winkler dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta

por la que había entrado pero Luke Haycox fue tras ella y la apresó antes de que pudiese tocar con su mano el tirador.

La joven se revolvió furiosa y le clavó la zarpa en la cara.

Luke emitió un gruñido y de pronto golpeó con la zurda el mentón de la joven. Ésta lanzó un grito y se desplomó en el suelo privada del sentido.

Cummings y Kelly habían observado la corta pelea y ahora el segundo dijo:

—Buen trabajo, Luke.

El *gángster* se restañó con el pañuelo la sangre que le corría por la cara.

—Condenada gata —rezongó.

Cummings habló de nuevo:

—¿A dónde fueron, Kelly?

—Al muelle veintisiete, pero no ha de preocuparse. El teniente se largó con las manos bien atadas con el alambre.

—¿Cuántos fueron con él?

—Mahoney, Jensen y Damont, y los tres tenían pistolas.

—No me gusta —dijo Cummings, y se puso a pasear por la estancia—. Merrill es un tipo al que hay que temer.

—Nadie puede hacer milagros y el teniente no hará el que necesita para librarse de los muchachos.

En aquel momento la puerta del fondo se abrió dando paso a Lina Swigart.

La rubia se detuvo sorprendida al ver el cuerpo inmóvil de la joven morena.

Cummings exclamó furioso:

—¿Qué hace esta mujer aquí?

—No se preocupe, capitán —respondióle Kelly—. Es de confianza.

—Creí que era usted un hombre con más sentido común.

Kelly sonrió irónico.

—Usted concede demasiada importancia a cosas que no la tienen.

Lina movió la cabeza mientras se adelantaba hacia el centro de la estancia.

—Conozco los negocios de Kelly, señor Laighton. No tiene que preocuparse por mí.

—Está bien. Siéntese y calle —dijo Cummings con voz imperativa.

En los ojos de la rubia brilló la cólera pero luego esa luz se apagó.

Jenny Winkler empezó a volver en sí soltando un gemido. Observó a todos los que la rodeaban y finalmente detuvo los ojos en el rostro de Cummings.

—Es usted un miserable, capitán. ¿Qué es lo que se propone hacer ahora?

—Si usted y Merrill se hubiesen estado quietos, seguirían viviendo. Yo no tengo la culpa de que hayan querido jugar conmigo.

—Recibirá su castigo, capitán.

Cummings sonrió mientras pasaba el dorso de la mano por la mejilla.

—No, señorita Winkler. A mí no me ocurrirá nada. Son ustedes quienes van a pagar por no haber sabido estarse quietos —miró a Kelly—. Que se ocupe Luke de ella. Ahora ya no hace falta que aparezca su cuerpo. Ella y Merrill se esfumarán.

—De acuerdo. Llévala al lago, Luke. Creo que te gusta mucho bañarte a la luz de la luna.

—Sí, jefe —sonrió Luke mirando a Jenny—. Y me gustará más si lo hago en compañía de una muchacha como ella.

Jenny miró furiosa al capitán.

—¿Es su última palabra, señor Cummings?

—No ha sido cosa mía, preciosa. Ya lo has oído. Decidió Kelly. Y ese muchacho, Luke, está muy interesado en ti.

Luke alargó la mano atrapando el brazo de la muchacha, pero ésta se soltó dando un tirón.

—No me tocará.

Cummings sacudió la cabeza.

—Si yo estuviese en tu lugar, Luke, me aseguraría de que ella no me va a ocasionar molestias.

—Sí, eso mismo estoy pensando yo —asintió Luke y golpeó otra vez a la joven, la cual empezó a desplomarse de nuevo, pero ahora Luke anduvo rápido y la sostuvo.

Kelly echó a andar hacia la puerta y la abrió.

—No te entretengas mucho, Luke. Tendremos una reunión esta

noche.

Luke desapareció por el hueco llevando en brazos a Jenny.

Kelly cerró la puerta y chascó la lengua.

—Lo siento por ella. Es una muchacha muy interesante.

Cummings sacó un cigarro del bolsillo superior de la chaqueta y lo mordisqueó escupiendo luego un trozo de tabaco. Frotó un fósforo con la uña y lo aplicó al extremo del cigarro. Mientras encendía, sus ojos observaron a la rubia.

Kelly ocupó su sillón tras la mesa riendo.

—Después de todo, el negocio va a salir bien —alargó la mano para coger la caja que Cummings había rescatado.

—¡No toque eso! —exclamó el capitán.

Abner Kelly alzó los ojos.

—¿Qué le pasa? ¿Es que no se fía de mí?

—Sólo he tenido confianza en mí mismo.

—Ya le comprendo. Cree que si me apodero de eso yo podría extorsionarle.

—¿Por qué no?

Kelly rió otra vez mirando a la rubia.

—¿Lo oyes, Lina? El capitán no me tiene fe después que he estado llenándole la bolsa. ¿No se llama eso ingratitud?

Cummings consultó su reloj.

—¿Cuánto tiempo hace que se marcharon?

—Quizá haya pasado una hora. Llegarán de un momento a otro.

—¿Piensa que matarán a Merrill?

—Ya puede estar seguro. El propio Merrill los llevó al muelle veintisiete y apuesto a que los muchachos consideran que aquél es un buen lugar para que nuestro querido amigo tenga su tumba.

Cummings contempló la ceniza del cigarro.

—Descanse en paz —dijo con voz lúgubre.

De pronto se abrió la puerta y Jensen y Damont entraron dando traspiés. Detrás de ellos apareció Lou Merrill con una pistola.

—¿Quién va a descansar en paz, capitán?

Cummings se quedó blanco mirando a su subordinado.

Kelly se agachó rápidamente sobre la mesa y empezó a abrir un cajón.

Lou le apuntó con la pistola.

—No hagas eso, Kelly.

Abner se quedó paralizado.

Merrill sonrió a Cummings.

—Ya terminaron sus aventuras, capitán.

—Sólo dice tonterías, Lou.

—¿Si?

—Conmigo va a ganar todo el dinero que quiera. Para empezar, le entregaré veinticinco mil al contado. Es algo más de todo lo que ha ganado hasta ahora en el Departamento.

—Sí, confieso que es algo más.

—Luego, un sueldo mensual de… pongamos mil quinientos. Se dará la gran vida, Merrill.

—¿A cuántos proporciona usted una gran vida, capitán? —Lou desparramó la mirada por la estancia observando a sus prisioneros —. Aquí tiene a Kelly y a Damont y a Jensen… ¿Debo incluir al periodista Nelson Wright entre los que usted paga?

—¿Para qué hablar de eso, Lou? —dijo Cummings—. Preocúpese por sí mismo y deje tranquilos a los demás.

—No, capitán. No voy a hacer tal cosa. A mí siempre me han preocupado los otros tanto como yo mismo, y algunas veces, es posible que más.

—Nunca es tarde para rectificar.

—No quiero rectificar, capitán. Yo estoy conforme con lo que tengo.

—Que es nada.

—Se equivoca, capitán. Conformarse es tener la conciencia limpia, poseer la convicción de que uno cumple con su deber…

—Deje ya esas zarandajas, Merrill.

Lou acercóse a la mesa y con la mano libre cogió el auricular.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Cummings con los ojos muy brillantes.

—Lo sabrá enseguida. —Lou apoyó el auricular en su hombro apretándolo con la mejilla. Luego marcó en el dial.

Mientras tanto, su pistola se movía en abanico manteniendo a raya a la pandilla de truhanes.

La rubia Lina estaba sentada en el sillón cruzando las piernas y en sus labios había una sonrisa.

Cummings gritó apretando los puños:

—¡Deje quieto ese teléfono, Lou!

Merrill lo obsequió con una sonrisa en la que enseñó los dientes cortantes como los de un lobo. Luego atendió a la llamada.

—¿Eres tú, Jimmy?… ¿Está por ahí el teniente Whitmore? Dile que se ponga.

Cummings chilló de nuevo.

—¡Por lo que más quiera, Lou…! ¡No haga eso! ¡Subo a cincuenta mil dólares!… ¿Qué es lo que va a conseguir?… —Su rostro se había cubierto con pequeñas gotas de sudor—. ¿Qué es lo que estáis esperando, muchachos?… ¡Arrojaros sobre él todos a una!… ¡Os daré mucho dinero si impedís que haga esa llamada!

Damont y Jensen se movieron hacia la mesa, pero Merrill levantó la pistola unas pulgadas.

—Dad un paso más y os frío a los dos.

Ambos *gangsters* se detuvieron.

Luego Merrill oyó la voz de Whitmore desde el otro extremo del cable.

—¿Quién llama?

—Lou Merrill… Escucha, Bert. Estoy en «La zapatilla de cristal». He atrapado a Kelly y al capitán Cummings.

—¿Al capitán Cummings?… ¿Es que te has vuelto loco?

—Sí, muchacho. Él es realmente el jefe del gang. Ya te daré más detalles cuando vengas. Trae a los muchachos, pero has de darte mucha prisa.

—Sí, Lou. Ahora mismo voy.

Lou colgó enderezándose de nuevo.

Cummings resoplaba como si hubiese hecho una larga carrera.

—Cree que va a resultar único vencedor, ¿eh, teniente?

—Ya puede apostar a que sí, capitán.

—Muy bien. Otra persona lo pagará por usted y, si es verdad que tiene conciencia, a partir de hoy le hará pasar un infierno…

Merrill sintió un escalofrío.

—¿A quién se refiere, Cummings?

—A Jenny Winkler.

Merrill endureció los músculos faciales.

—Jenny Winkler está muy lejos de su alcance, Cummings.

—No, teniente. Está muy equivocado. Al parecer, todavía no se ha dado cuenta de algo. Debería ser más observador. Mire lo que hay encima de la mesa. —Cummings señaló la caja rectangular.

—¿Qué es? —preguntó Lou.

—Los documentos que Andro Norse me robó. Él los hizo llegar a Jenny utilizando una amiga. —Cummings hizo una pausa—. Jenny vino ingenuamente a por mí al Departamento. Los dos nos llegamos aquí y ya puede imaginar lo demás.

Lou sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Dónde está la muchacha?

—No lo va a saber, teniente.

—¡Maldito sea, Cummings! Dígamelo o le juro que le destrozo los dientes antes de que llegue a presencia de Whitmore.

—Haga lo que haga, usted no va a saber dónde está Jenny, pero le puedo adelantar que no salió de aquí sola. Se la llevó uno de los hombres de Kelly. Luke Haycox.

El teniente miró a Kelly.

—¿Dónde ha ido Luke?

—Pregúnteselo a Cummings.

Merrill hizo una señal a Mahoney y a Jensen para que se echasen atrás. Luego, él avanzó hacia Kelly y el capitán.

De pronto subió el brazo armado y el cañón golpeó en el mentón de Kelly, el cual, se desplomó sobre la alfombra soltando un gemido. Luego el puño izquierdo de Merrill se hundió en el estómago de Cummings.

Cummings tropezó con un sillón y se vino abajo.

—Les conviene hablar a los dos —amenazó Lou— si es que quieren estar vivos para cuando llegue la policía.

Cummings desorbitó los ojos.

—Ande, dispare, teniente… No se puede atrever. Usted es para todos el policía asesino, el hombre que tira demasiado rápido con el revólver. Aunque demuestre que yo soy jefe de un gang, estoy seguro de que usted no volverá al Departamento.

Lou miró con ojos llameantes a Kelly.

—¿Y tú, Abner? ¿También me desafías a que dispare?

Los labios de Kelly se estremecieron.

En aquel instante se oyó la voz de Lina Swigart.

—Yo se lo diré, señor Merrill.

Cummings dobló la cabeza rápidamente hacia la joven.

—¡Cierra el pico, rubia!

Pero Lina no hizo caso de aquella interrupción.

—Luke se la llevó al lago Ager. Kelly posee una cabaña en la vertiente oriental. Sólo tiene que seguir la carretera cuarenta y siete y a la altura de Bamington desviarse por un camino que hay a la izquierda. Le llevará derecho a la cabaña de Kelly…

Cummings lanzó un grito y se puso a andar hacia la joven.

—¡Maldita traidora!… ¡Te voy a matar!… ¡Te ahogaré con mis manos!

En aquel instante se oyeron gritos y ruidos de carreras procedentes del local.

Abrióse la puerta de golpe y el teniente Whitmore penetró en la estancia seguido de un enjambre de policías de paisano y de uniforme.

Lou alcanzó a Cummings y lo empujó haciéndolo caer en un sillón. Luego habló a Whitmore.

—Atiende bien, Bert. He de salir disparado para impedir que Jenny Winkler corra la suerte de su hermano.

—Pero ¿qué condenado lío es éste? —preguntó el teniente Whitmore.

—Sobre la mesa verás una caja. No tienes más que abrirla y encontrarás las pruebas que servirán para sentar en el banquillo al capitán Cummings.

El sargento Sheridan meneó la cabeza.

—Lo has acertado todo, Merrill. Mac Kendruck comunicó hace un rato que han echado el guante a
O'Donnell
cuando estaba en el apartamento de su amiga Mildred Thomas —sonrió—. Apuesto a que eres el nuevo capitán…

—No puedo entretenerme más —exclamó Lou—. Yo te he pasado a ti la pelota, Bert.

Whitmore sacudió la cabeza.

—Sí, Lou, y perdona por todo lo que haya podido ocurrir antes.

Lou señaló a Lina.

—Concededle un trato especial. Ella me ha dicho dónde puedo encontrar a Jenny Winkler. Me llevaré uno de los carros y un par de muchachos.

—Corriente, Lou.

Minutos más tarde un coche de la Policía tripulado por dos agentes y por Lou Merrill, hacía gemir la sirena en la oscuridad de

la noche avanzando vertiginosamente al lago Ager.

CAPÍTULO XII

Jenny Winkler recuperó el sentido dándose cuenta de que viajaba en un coche. La cabeza todavía le daba vueltas cuando oyó una risita a su lado.

Volvió rápidamente la cara y vio al volante al tipo que la había golpeado por dos veces. Él también la observó de reojo.

—¿Sabes que eres muy impulsiva, nena?

—¿Dónde me lleva?

—¿Es que no lo recuerdas? Nos vamos a bañar juntos. —Luke Haycox lanzó una grosera risotada—. Tú debes de estar muy bien con la malla, pequeña.

Jenny recordó todo lo ocurrido en el despacho de Abner Kelly. Aquel hombre, Luke, la llevaba a cierto lago para matarla. Le habían dado orden de que no dejase rastro de ella. De pronto él dijo:

—Aparta eso de tu cerebro, nena. No podrás librarte de mí.

Jenny se mojó los labios con la lengua. Estaba muy asustada.

—Tengo dinero.

—¿Dónde? ¿En el banco? —sonrió Luke mirándola por el rabillo del ojo.

—No, en casa. Si usted me lleva allí, se lo daré.

—¿Y luego qué? ¿Me darás también un *whisky*? ¿O me vas a proponer que bailemos muy juntos, mejilla contra mejilla?… Vosotras las chicas de hoy sois muy caprichosas.

—Yo le daré el dinero y usted se marchará.

—¿Sin ti?

—Para eso le pago.

Ahora él la miró de frente y sacudió la cabeza.

—Luke Haycox es más listo de lo que tú te crees, pequeña. Yo

debo cumplir con mi trabajo, ¿lo entiendes?… Es mala cosa desobedecer las órdenes que uno recibe.

—Pero usted no cometerá un asesinato…

—¿Quién va a cometer un asesinato? —rezongó Luke mirando otra vez por el parabrisas.

—Es lo que le dijeron.

—Vamos, no te lo tomes así. No debes pensar en el futuro. Tengo un buen plan para nosotros. Allá en la cabaña de Kelly hay *whisky*… Yo te contaré lo que vamos a hacer. Nos pondremos en bañador…

—Yo no lo traigo.

—No te preocupes. Casi das la medida de Lina Swigart y ella tiene una buena colección de mallas. Las hay de dos piezas y de una. Podrás elegir. Pero estoy seguro que estarás mejor con el de dos piezas… Encenderé un buen leño en la chimenea y nos pondremos a beber *whisky*… No debemos tener prisa. Luego, a las dos o las tres de la mañana, nos pegamos un chapuzón en el lago.

—¿Y luego? —preguntó ella.

Luke arrugó el ceño.

—Eso queda ya más lejos.

—Usted me matará… Es muy fuerte y le bastará con atraparme en el agua y mantenerme un par de minutos abajo.

—¿Por qué piensas en eso, muchacha?… Alguien me dijo en la cárcel, hace cosa de dos años, que el secreto de la vida consiste en saborear cada uno de los minutos que corren… Yo no lo inventé, muchacha. Sólo sé leer y escribir, pero aquello se me grabó a fuego. Es lo que tú y yo vamos a hacer… Saborear cada uno de los minutos…

La joven cerró los ojos. No; Luke era un hombre de una sola idea. Su cerebro era muy pequeño. Le habían encargado una misión y la llevaría a cabo a pesar de todo. Ella no lo convencería jamás.

Pensó en huir. ¿Y si abría la portezuela y se arrojaba con el coche en marcha? Observó la aguja del velocímetro. Marcaba las setenta millas. Moriría indefectiblemente. Su cuerpo quedaría completamente destrozado, pero ¿no sería mejor eso que pasar por el largo tormento que Luke le preparaba en la cabaña de Abner Kelly?

Sí; era preferible. Se echó unas pulgadas hacia delante para que

Luke no pudiese ver cómo movía la mano hacia el tirador de la portezuela.

Pensó en Lou Merrill. ¿Qué habría sido de él? Naturalmente estaría muerto. Sintió una gran amargura pensando en que unas horas antes ella y él habían estado juntos, y otra vez pasó por su mente la escena, cuando Lou le tomó la mano y se la apretó suavemente. No; ella nunca había sentido ninguna sensación igual. Había deseado con todas sus fuerzas que él la estrechase entre sus brazos.

Se estremeció al oír otra vez la voz de Luke.

—¿Estás pensando en mí, nena?

La realidad era muy miserable.

Abriría la puerta de un golpe y se arrojaría por el hueco. Sí; contaría hasta tres y entonces lo haría.

Uno… Dos…

De pronto Luke frenó bruscamente el coche y los neumáticos chirriaron.

Jenny salió lanzada hacia delante y tuvo que apartar la mano de la portezuela y apoyarla enfrente para no golpear la cabeza con el parabrisas.

—¡Maldita sea! —exclamó Luke—. Dejamos atrás el camino… Hemos de retroceder…

Puso en marcha el coche y empezó a girar el volante.

Jenny no vaciló un segundo más. Abrió la portezuela de golpe y saltó fuera. El coche ya se había puesto en movimiento y le falló el pie cayendo a la carretera.

—¡Eh, nena! —Oyó que gritaba Luke—. ¿Qué es lo que haces?

Jenny se puso en pie oyendo que el coche se detenía de nuevo.

No vio ninguna luz por la pista. Si se quedaba allí, Luke la atraparía de nuevo.

Echó a correr hacia la oscura ladera en la que crecían los abetos.

—¡Párate ahí, pequeña! —Oyó otra vez a Luke.

Pero no se detuvo.

Serpeó por entre los troncos muy aprisa sintiendo que las sienes le latían con violencia.

—¡Maldita sea! —gritó Luke—. ¿Es que te has vuelto loca? ¡No vas a poder escapar…! ¡Deja de correr de una vez!

Jenny corrió más aprisa internándose en la montaña. De pronto

le falló el pie y se desplomó en el suelo golpeándose la rodilla contra una piedra.

Estuvo a punto de lanzar un grito pero se mordió el labio a tiempo de evitarlo.

Vio avanzar a lo lejos a Luke. No se podía poner en pie o él la vería enseguida. Permaneció quieta, conteniendo la respiración junto al matorral tras el que había ido a parar.

Luke avanzó derecho hacia aquel lugar. Nada la salvaría. Luke tropezaría con ella.

Luke se detuvo a menos de dos yardas.

—¡Pequeña! —gritó—. ¿Es que quieres jugar al escondite? —Rompió a reír otra vez—. Anda y sal de una vez… No pienso hacerte daño… Luke se porta bien con las muchachas que le gustan, ¡y palabra que tú le has gustado!

Jenny sintió que algo le corría por la pierna. Probablemente era una araña. Tuvo un escalofrío. Siempre le habían impresionado las arañas.

Ahora Luke estaba soltando una maldición tras otra.

—¡Está bien, chica!… ¡Tú lo has querido!… En cuanto te vea, no vas a correr tanto —sacó una pistola cuyo cañón brilló en la oscuridad.

Jenny sentía que la araña o lo que fuese no dejaba de trepar por su pantorrilla. Cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza.

Luke se alejó deteniéndose a seis yardas de allí.

Jenny no pudo resistirlo más y pegó un manotazo en su pierna que sonó como el restallido de un cohete.

Se puso en pie y echó a correr otra vez.

Luke soltó una risotada.

—No te va a valer de nada, pequeña.

Jenny continuó subiendo, siempre hacia arriba, y la angustia le mordía el corazón.

Oía cada vez más cerca los pasos rápidos de Luke. Sintió que su falda quedaba aprisionada y lanzó un grito creyendo que su perseguidor había conseguido alcanzarla. Se detuvo un instante y al volverse vio que su vestido había quedado prendido en una rama espinosa. Dio un tirón y continuó avanzando cuando ya Luke se le venía encima.

—¡Ya te tengo, muchacha!

Jenny chilló enloquecida.

Luke se echó a reír y de súbito Jenny oyó como él se desplomaba cuando ya la rozaba con sus dedos.

Sintió renacer sus esperanzas, y corrió más, mientras Luke aullaba de rabia y de dolor.

Un poco más allá no tuvo más remedio que detenerse porque sintió agudas punzadas en el pecho cada vez que respiraba. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Pensó gritar para atraer la atención de alguien, pero recordó que se encontraba en un lugar solitario y con ello solo conseguiría atraer a Luke.

De nuevo vio la cabeza de su verdugo recortada sobre el cielo. No; él tenía razón. No podía escapar. Estaba vencida. ¿Para qué seguir huyendo?

Luke se fue acercando cada vez más aprisa.

* * *

El coche de la policía frenó bruscamente ante la puerta de la cabaña.

Lou Merrill saltó fuera con la pistola en la mano y echó a correr mientras gritaba a los dos policías que lo habían acompañado:

—¡Lléguense al lago!

Forcejeó en la puerta para abrirla, pero estaba cerrada con llave. Apuntó a la cerradura e hizo fuego. Luego estrelló el hombro contra la puerta y ésta cedió a su impulso.

Los rayos de la luna iluminaron el interior de la cabaña. Allá no había nadie.

—¡Jenny! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Encendió un fósforo y lo aplicó al quinqué que había sobre la mesa. Luego, llevando éste en la mano, recorrió todas las habitaciones. Entonces vio sus propias huellas en el polvo que había en el umbral. No; allí no había entrado nadie más que él. Eso quería decir que Jenny no había llegado a su destino. ¿Acaso Lina Swigart le había dado una mala dirección?

Cuando salió fuera, vio venir hacia él a los dos policías pistola en mano.

—¿Ha encontrado algo, teniente? —preguntó el más alto.

—No.

—Nosotros nos llegamos al embarcadero y tampoco allí hay rastro de que haya sido visitado recientemente.

Lou se pasó una mano por el cabello.

—Todo eso es muy extraño. Tenían que haber venido aquí.

De pronto un grito femenino rasgó la atmósfera.

Lou volvió la cabeza. El chillido procedía de la montaña que había detrás de la choza.

—¡Síganme, muchachos! —exclamó echando a correr.

No supo de dónde sacó las energías porque recordaba que durante el viaje en el coche se había sentido muy agotado. Pero estaba dispuesto a jurar que en ningún momento de su vida había avanzado más aprisa que lo hacía en estos momentos.

Los agentes de uniforme quedaron muy atrás.

De pronto descubrió a Jenny y a su verdugo. Estaban junto a un árbol.

Jenny golpeó al hombre y éste retrocedió unos pasos.

Lou vio que él esgrimía un arma.

—Vamos, nena —decía Luke Haycox—. Deja ya de hacer la gata o te juro que te la ganas.

Lou apuntó e hizo fuego.

Luke lanzó un grito y se desplomó como fulminado por un rayo.

Merrill echó a correr de nuevo. Vio que Luke sólo estaba herido en un hombro y que se disponía a utilizar la pistola contra él. Rápidamente le soltó un patadón en la mano enviando la pistola por el aire.

Jenny sollozaba con las manos en la cara y su hombro estaba desnudo porque el vestido había quedado rasgado durante la pelea.

Los agentes llegaron corriendo y uno de ellos se encargó de Luke.

Lou se detuvo cerca de Jenny.

—Ya ha pasado todo, Jenny.

Jenny Winkler lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Lou… Te he echado de menos.

Merrill le sonrió diciendo:

—¿Sí?… ¿Y por qué no lo demuestras?

Jenny Winkler se echó en sus brazos y él la apretó fuertemente contra su pecho y la besó en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).